

PEDRO GONZALEZ CALERO

FILOSOFÍA PARA BUFONES

UN PASEO POR LA HISTORIA DEL
PENSAMIENTO A TRAVÉS DE LAS ANÉCDOTAS
DE LOS GRANDES FILÓSOFOS



Ariel

*Con algunas
ilustraciones
de Anthony Garner*

Pedro
González Calero



FILOSOFÍA
PARA BUFONES

*Un paseo por la historia del
pensamiento a través de las
anécdotas de los grandes filósofos*

© Pedro González Calero, 2007

© Editorial Ariel, 2007

Grupo planeta

© ISBN: 978-84-080-0522-3

Ilustraciones de Anthony Garner (algunas)

*A Faemino y Cansado
por ser tan sabios
siendo tan payasos.*

PRÓLOGO

En honor a Crisipo y a otros filósofos bienhumorados, este libro trata de rescatar las muestras de humor que nos ha dejado la historia de la filosofía, pero también las bromas de que han sido objeto los filósofos y sus ideas (tal vez burlarse de la filosofía también sea, como dijo Pascal, hacer filosofía).

Muchas de estas bromas y anécdotas fueron reales, pero otras han sido

inventadas en algún momento de nuestra tradición cultural y desde entonces es difícil separarlas de la imagen que proyectan los filósofos a los que fueron atribuidas. De todos modos, el autor de este libro no inventa nada (si es que ello es posible) y su aportación se limita a proporcionar, cuando lo cree oportuno, un contexto filosófico a las bromas seleccionadas, permitiéndose, de vez en cuando, alguna que otra licencia en la forma de exponerlas. De la bibliografía utilizada queda constancia en las páginas finales.

Aunque no creo que se pueda decir que

ésta sea una obra seria de filosofía, como la que Wittgenstein creía que podía escribirse a base de chistes, lo cierto es que, entre burlas y bromas, este libro ofrece un pequeño repaso a la historia de la filosofía, mostrando en ocasiones la cara cómica de algunas controversias filosóficas, de manera que el libro bien podría haberse titulado *Breve historia bufa de la filosofía*.

Y eso que, ciertamente, la filosofía no es una disciplina pródiga en humor. A no ser que uno piense, como Bertrand Russell, que «todo acto de inteligencia es un acto de humor». Pero, aunque en filosofía no abunden los Chaplin, los Keaton, los Popoff, ni los Charlie Rivel,

tampoco han faltado en su carpa notables familias de humoristas. En la Antigüedad destacaron sobre todo los **cínicos** y los **cirenaicos**. Los más famosos fueron Antístenes, Diógenes de Sínope y Crates entre los cínicos, y Aristipo entre los cirenaicos. Todos ellos discípulos traviesos de Sócrates, siendo Diógenes tal vez el más travieso de todos. No en vano, Platón dijo de él que era un «Sócrates enloquecido». Por cierto que, gracias a otro Diógenes, Diógenes Laercio, nos han llegado muchas de las simpáticas anécdotas que la tradición ha atribuido a estos y a otros filósofos de la Grecia antigua.

Después de ellos, los más dotados

para el humor fueron Voltaire en el siglo XVIII, Friedrich Nietzsche en el XIX y Bertrand Russell en el siglo XX. Precisamente uno de ellos, Nietzsche, fue quien escribió que el hombre es el animal que sufre tan intensamente que ha tenido que inventar la risa. Por lo demás, al autor de *Así habló Zaratustra* le encantaban las bromas: «Yo me cuento a mí mismo tantos chistes idiotas —dijo—, se me ocurren tantas payasadas, que a veces me pongo a reír socarronamente durante media hora en plena calle». Recordemos que en sus últimos días de lucidez se le ocurrían bromas como convocar un congreso ficticio de casas reales europeas, con

«una proclama para aniquilar a la casa Hohenzollern, esa raza de criminales e idiotas escarlata».

Seguramente Nietzsche se hubiera podido reír un buen rato con muchas de las bromas que se cuentan en este libro, algunas de las cuales, las referidas a la filosofía antigua, él ya conocía. ¿Y tú, lector, estás dispuesto a reírte con los extravagantes aciertos y los disparates lógicos de estos locos filósofos?

FILOSOFÍA ANTIGUA

Del Mito al Logos

Sin embargo, mientras que los mitos no pueden dar una explicación de aquello que cuentan, ni pueden dar razón de sí mismos, la filosofía sí está en condiciones (o al menos aspira a estarlo) de justificar racionalmente sus afirmaciones.

Con el tiempo, los mitos fueron sustituidos por otras formas de interpretar la realidad y, aunque al principio convivieron con la filosofía,

después fueron desapareciendo hasta ser finalmente arrinconados en nuestras sociedades por el conocimiento de orden científico. De manera que el mito, que originariamente significaba en griego «palabra verdadera», ha acabado siendo sinónimo de algo así como relato inventado o cuento. Como vio Max Weber, el proceso de desencantamiento del mundo es consustancial al desarrollo de las sociedades modernas.

En el siglo XX, Kostas Axelos (un filósofo que intentó conciliar el marxismo con la filosofía de Heidegger) quiso imaginar la paradójica escena en la que los propios personajes de un mito (el de los centauros, quienes según la

mitología griega tenían cabeza y tronco de humano, pero extremidades inferiores de caballo) asumen esa experiencia de desencantamiento:

«Dos centauros (padre y madre) observan a su hijo pequeño mientras juguetea en una playa mediterránea. Entonces, el padre se vuelve hacia la madre y le pregunta:

—Y ahora, ¿quién le dice que solo es un mito?».».

Las dos gemelas

—Y si no hay diferencia, ¿por qué no te mueres?

—Por eso —contestó Tales—, porque no hay diferencia.

Sin progenie, por compasión

—¿

—Por compasión hacia los niños.

Desde el principio, los filósofos tuvieron fama de despistados, tal como sugiere una de las anécdotas más

famosas de la historia de la filosofía. Según cuenta Platón en el *Teeteto*, andaba Tales en cierta ocasión observando los astros cuando fue a caer en un pozo. Una graciosa criada tracia que presencié la escena se burló de él diciéndole:

—¿Qué quieres ver en el cielo si no eres capaz de ver el suelo que pisas?

La transmigración de las almas

Tuvo fama de adivino y de utilizar para sus predicciones el poder de los

números, pues, según él, los números son el principio de donde surgen todas las cosas.

Él y sus seguidores, los pitagóricos, defendían la teoría de la transmigración de las almas, según la cual, cuando nuestro cuerpo muere, el alma se encarna en otro cuerpo (que puede ser de un animal o de un vegetal). Solo cuando el alma ha conseguido purificarse cesa la cadena de transmigraciones y puede volver a morar en el mundo celeste.

Pues bien, un antiguo chiste que cuenta Leonardo da Vinci en sus *Cuadernos de notas* tiene como protagonista a un pitagórico:

«Dos hombres discutían entre sí. El primero quería probar, basándose en la autoridad de Pitágoras, que había estado en el mundo en una ocasión anterior. El segundo no le dejaba terminar su argumentación. Entonces el primero dijo al segundo:

—La prueba de que yo viví otra vida antes de esta es que recuerdo que en ella tú eras un molinero.

El otro, molesto por estas palabras, asintió y dijo:

—Sí, llevas razón, porque ahora yo también recuerdo que tú eras el burro que me llevaba la harina para moler».

El río de Heráclito

filósofos presocráticos. Ha pasado a la historia de la filosofía como el filósofo del devenir y de manera simplificadora suele recordársele por aquella famosa sentencia que dice: «*Nadie se baña dos veces en el mismo río*». Este aforismo, que ha sido glosado innumerables veces, también ha sido objeto de alguna que otra broma, como aquella que hacía el poeta Ángel González en una de sus *Glosas a Heráclito*:

«Nadie se baña dos veces en el mismo río. Excepto los muy pobres».

Heráclito «el oscuro»

Una extraña maldición

Un condena irremediable

Anaxágoras fundó en Atenas una escuela de filosofía que permaneció abierta durante treinta años. Fue maestro de Eurípides, Arquelaos, Pericles y,

posiblemente, también de Sócrates. Pero un día fue acusado de impiedad y condenado por los tribunales atenienses. Anaxágoras huyó entonces a Lampsaco, donde fundó otra escuela de filosofía. Como alguien se lamentara ante él de que los atenienses lo hubieran condenado a muerte, Anaxágoras replicó:

—También a ellos, la Naturaleza los tiene sentenciados a la misma condena.

La muerte de los hijos

—Ya sabía cuando los engendré que eran mortales.

Cuando la distancia no importa

—Que yo sepa, el viaje a la región de los muertos es igual de largo desde todos los lugares.

La tortuga de Zenón

—¿Decís que es ridículo afirmar la

inmovilidad del ser? —debió de preguntar con ironía Zenón—. Bien, pues admitamos la tesis del movimiento, a ver qué pasa: imaginemos una carrera entre Aquiles, «el de los pies ligeros», y uno de los animales más lentos que conocemos: la tortuga. Y supongamos que Aquiles le concede una ventaja inicial a la tortuga. Pues bien, Aquiles no podrá nunca alcanzar a la tortuga, pues mientras Aquiles recorra la distancia que le ha dejado de ventaja a la tortuga, ella recorrerá un nuevo trecho, y mientras Aquiles recorre ese nuevo trecho la tortuga recorrerá otro nuevo, y así sucesivamente. Por eso, Aquiles nunca alcanzará a la tortuga.

Pero una de las veces en que Zenón acababa de exponer su famosa paradoja, Antístenes (aunque esta anécdota unas veces se le atribuye a él y otras a Diógenes) se puso a andar de aquí para allá, hasta que Zenón le dijo:

—¿Quieres hacer el favor de dejar de moverte?

—¡A ver en qué quedamos! ¿No dices que no existe el movimiento? —le asaetó Antístenes.

Una tortuga tenaz

El argumento de Zenón parte de la

hipótesis de que el espacio sea infinitamente divisible e intenta reducir esa misma hipótesis al absurdo. Muchas son las soluciones que se han propuesto a esta paradoja. Aristóteles, Descartes, Leibniz, Hobbes, Mill, Cantor, Bergson y Russell, entre otros, intentaron resolver las aporías de Zenón, pero ninguna de sus soluciones parece plenamente satisfactoria.

Agustín García Calvo en sus *Lecturas presocráticas* escribe que el razonamiento de Zenón no sería sino una manera de formular «la contradicción insuperable entre dos necesidades que

ambas necesariamente padecemos, la de contar, en cuanto a ser, con una oposición privativa, sin transiciones, entre lo que es una cosa y lo que no es, y la de contar, en cuanto a haber, con una continuidad, esto es, una gradación innumerable (o interminablemente innumerable) de la cuantía».

Suele decirse que la moderna teoría matemática desarma definitivamente los argumentos de Zenón, gracias al uso de los cálculos basados en el concepto de paso al límite. El problema, señala Agustín García Calvo, es que esos cálculos fueron inventados precisamente para resolver las aporías de Zenón.

De manera que, veinticinco siglos

después de su nacimiento, la tortuga de Zenón sigue vivita y coleando. Hace unos años, Rafael Sánchez Ferlosio le dedicaba esta simpática seguidilla:

*Caminito de Elea va una tortuga,
con veinticinco siglos en sus arrugas.
Zenón me llamo;
si veis venir a Aquiles,
que apriete el paso.*

De niña a mujer

teoría atomista. Según él, el universo está compuesto de infinitas partículas indivisibles, los átomos, moviéndose en

el vacío. Una teoría que, arrinconada durante muchos siglos por filósofos y científicos, cobró auge en el ámbito científico a partir del siglo XVIII. Demócrito tenía fama de risueño y adivino. Lo de risueño parece que le venía por su afición a reírse de las necesidades humanas y lo de adivino pudo deberse más que nada a sus dotes de observación y a alguna que otra casualidad. Así cabe explicar aquel suceso que protagonizó con una muchacha que había acompañado a Hipócrates en su visita a Demócrito. Habiéndola saludado este el primer día diciéndole: «Buenos días, muchacha», la recibió al día siguiente con otra fórmula:

«Buenos días, mujer». Al notar este cambio en el saludo, la joven no pudo ocultar su turbación, pues Demócrito parecía haber adivinado que aquella misma noche la muchacha había perdido su virginidad.

La balanza de la Justicia

los sofistas. Los dos más famosos fueron Gorgias y Protágoras. Los sofistas eran escépticos con respecto a la posibilidad de averiguar verdades absolutas y más bien creían que había

razones para defender tanto una tesis como su contraria. Una misma tesis podía resultar verdadera o falsa según se afirmara en un contexto o en otro. De ahí que estuvieran particularmente interesados en cuestiones de retórica. Además, defendían también una especie de relativismo moral según el cual no hay un bien ni un mal absolutos, sino que lo que es bueno para unos puede resultar malo para otros. Y lo mismo puede decirse con respecto a la justicia: lo que es justo en Atenas puede ser injusto en Esparta, y viceversa.

Una concepción relativista de la justicia

y por tanto parecida a la de los sofistas (aunque no idéntica) aparece en un antiguo relato árabe, tras pasado luego a otras culturas, que dice así:

Dos amigos en litigio fueron a ver al cadí para que impartiera justicia.

Uno de ellos expuso el caso de esta manera:

—Mi amigo me ha traicionado. Entró en mi casa cuando yo no estaba, robó mi asno y mi dinero, y violó a mi mujer. Pido un castigo justo para él.

El cadí le dijo:

—Tienes razón.

El otro hombre entonces se defendió con estas palabras:

—Nada de eso es cierto: yo no robé

aquel asno, sino que me lo llevé porque yo se lo había prestado primero y él no me lo quería devolver. También me debía aquel dinero. En cuanto a su mujer, es cierto que hicimos el amor, pero fue ella la que se echó encima de mí, porque anda escasa de amor ya que su marido no le hace caso. Cuando él ha llegado a casa nos ha sorprendido haciendo el amor y la ha emprendido a golpes conmigo. Es a mí a quien tienes que hacer justicia.

—Tienes razón —asintió el cadí.

—Pero, señor, no puede ser que los dos tengan razón —intervino el ayudante del cadí.

Y el cadí le dijo:

—Es cierto. También tú tienes razón.

La paradoja de Protágoras

Por cierto que los sofistas vendían caras sus lecciones de retórica y leyes. A propósito de esto se cuenta la siguiente anécdota de Protágoras: sus clases eran tan caras que los únicos que podían pagarlas eran los hijos de los ricos, pero en cierta ocasión Protágoras aceptó como alumno a un tal Evatlo, un estudiante pobre, con la condición de que le pagaría la mitad del dinero a la

entrada y la otra mitad cuando acabase sus estudios y ganara su primer pleito como jurista. Pero al terminar sus estudios Evatlo no aceptaba ningún trabajo que tuviera que ver con la judicatura. Así conseguía burlar lo pactado con Protágoras: había recibido sus clases y no se veía en la obligación de pagarlas. Entonces Protágoras demandó a Evatlo, que intentó desarmarlo con la siguiente argumentación:

—Si ganas el pleito, yo seguiré sin haber ganado un caso y, por tanto, basándome en los términos de nuestro acuerdo, no tendré que pagarte; pero si el pleito lo gano yo, entonces, por

mandato judicial, tampoco tendré que pagarte.

A lo que Protágoras replicó:

—Nada de eso. Si yo gano el pleito, tendrás que pagarme por mandato judicial; pero si el litigio lo ganas tú, ya habrás ganado tu primer caso y entonces, apelando a los términos de nuestro acuerdo, tendrás igualmente que pagarme.

La ironía socrática

«ironía» socrática, en el arte de interrogar de manera que el interrogado

acabe descubriendo que aquello que daba por cierto no estaba tan claro como él suponía. Así, por ejemplo, si Sócrates se encontraba por las calles de Atenas con un general le preguntaba sobre el valor, y el general, que al principio creía tener muy claro en qué consistía el valor, acababa reconociendo su propia ignorancia sobre el asunto.

Esta afición de Sócrates a la ironía hizo que algunos creyeran que sus palabras debían ser interpretadas en el sentido inverso al corriente para ser correctamente entendidas, y que alguien comparase los discursos de Sócrates con los lienzos del pintor Pausón porque, cuando un cliente le pidió a este

el retrato de un caballo rodando por tierra, Pausón se limitó a pintar un caballo corriendo, y le dijo al cliente que si quería ver al caballo patas arriba no tenía más que darle la vuelta al lienzo.

La sabia ignorancia

De todos los oráculos griegos, el de Delfos fue el que más prestigio llegó a alcanzar. A él acudían quienes querían pedir consejo a los dioses o conocer algún dato del futuro. Cuando Querefonte, amigo personal de Sócrates,

preguntó al oráculo de Delfos quién era el hombre más sabio, la pitonisa respondió que Sócrates.

Al ser informado Sócrates de las palabras del oráculo, comentó la sentencia diciendo que su sabiduría consistía en reconocer que nada sabía, mientras que sus conciudadanos creían saber lo que en realidad no sabían.

No me atruenes, que luego llueves

Menos respeto, sin embargo, parece que le tenía su esposa, Jantipa, mujer de

áspero carácter y muy irritable. Sócrates decía que la había tomado por esposa precisamente por eso, pues, conociendo su carácter, se había habituado a tolerarla pacientemente con la idea de llegar a la perfección en el dominio de sí mismo y saber tratar con cualquier persona de difícil carácter (Nietzsche dirá, en el siglo XIX, con su acostumbrada malicia, que fue Jantipa quien convirtió a Sócrates en el mayor dialéctico de Atenas, pues al hacer irrespirable el ambiente del hogar, lo indujo a andar todo el tiempo dialogando por las calles de la ciudad).

Un día, cansado de la bronca interminable que le dedicaba Jantipa,

para no oírla más salió de su casa y se sentó en un escalón de la puerta, pero Jantipa, irritada por no haber podido desahogarse con su marido, se vengó vaciando sobre su cabeza una palangana de agua sucia. Sócrates se limitó a comentar resignadamente:

—Después de tanto tronar no es extraño que ahora llueva.



Ni casado ni soltero

—Hagas lo que hagas, te
arrepentirás.

Los mercados llenos de cosas vacías

—¡Hay que ver la cantidad de
cosas... que no necesito!

La cena de los pobres

—¡Qué vergüenza! ¿Qué van a pensar de nosotros?

Sócrates intentó tranquilizarla diciéndole:

—No te preocupes, mujer. Si nuestros invitados son frugales tendrán suficiente comida y si son tragones nada bastará para saciarles.

Murmurar por ignorancia

—No me extraña que hable mal de mí porque nunca aprendió a hablar bien.

La muerte de Sócrates

Aunque sus discípulos habían preparado un plan para su fuga, sobornando a los carceleros, Sócrates se negó a huir, aduciendo que debía respetar las leyes de su ciudad. El día previsto para su muerte, todos sus familiares y amigos estaban desconsolados, y el propio condenado a muerte tuvo que ser el que se encargara de darles ánimos. Pero tampoco en aquel difícil trance perdió Sócrates la oportunidad de ironizar: como Jantipa,

su mujer, lloraba y no paraba de lamentar que lo fueran a matar injustamente, Sócrates le preguntó:

—¿Es que acaso preferirías que me mataran con justicia?

La práctica de los mandamientos

intelectualismo moral. Según esta teoría, basta con saber lo que es el bien para realizarlo y basta con saber lo que es el mal para no hacerlo. Por tanto, si los hombres hacemos el mal es por ignorancia, porque en el fondo no

sabemos lo que hacemos.

Claro que no hemos de confundir las creencias y pensamientos de un individuo con las declaraciones que ese individuo realiza sobre sus pensamientos y creencias, pues una cosa es lo que uno dice creer y pensar, y otra es lo que realmente piensa y cree. Quien dice desear lo mejor para el prójimo, pero en sus obras da muestras de lo contrario, es porque no lo desea de verdad.

De ahí que, al considerar el abismo que separa el ámbito de nuestras creencias del ámbito de su puesta en práctica, tal vez haya que concluir que el abismo verdadero es el que existe entre

lo que decimos que creemos y lo que creemos realmente.

En fin, sea como fuere, el caso es que las ideas sobre moral de poco sirven si no tienen consecuencias prácticas sobre nuestras acciones. Se comprende así la reacción de Mark Twain cuando un industrial, haciendo gala de sus elevados ideales, le confesó que tenía la firme convicción de peregrinar a Tierra Santa y subir al monte Sinaí para leer en voz alta los diez mandamientos. Al parecer, Twain le replicó:

—Y, en vez de eso, ¿por qué no se queda aquí y los pone en práctica?

La teoría de la participación y los higos

Su contribución a la filosofía resultó trascendental hasta tal punto que marcó el derrotero de muchas de las posteriores controversias filosóficas. Especialmente polémica resulta su teoría de las Ideas. Según ésta, las Ideas son entidades existentes fuera de nuestra mente y que no podemos captar mediante nuestros sentidos. Si solo existiera la realidad que nos presentan los sentidos,

no habría nada permanente, pues la realidad sensible está constantemente cambiando y, por tanto, nuestro conocimiento tampoco sería fiable, pues sería un conocimiento inestable. Por eso, Platón postulaba la existencia de las **Ideas como entidades inmateriales y eternas**. Y su conocimiento como el único conocimiento riguroso.



Diógenes de Sínope (el que ha sido considerado filósofo cínico por excelencia y del que hablaremos más adelante) se burlaba de esto argumentando que él solo veía mesas y copas, pero no Ideas de mesas o copas, a lo que Platón replicaba:

—No es de extrañar, Diógenes, pues tu mente es demasiado tosca para ver otra cosa.

Por otra parte, según la teoría de Platón, las cosas que percibimos mediante los sentidos son copias, imitaciones que participan en alguna medida del mundo de las Ideas, pero que no deben confundirse nunca con ellas. Así, un cuerpo hermoso participa de la Idea de Belleza, pero no es la Idea de Belleza, la hoguera participa de la Idea de Fuego, pero no es la Idea de Fuego, etc. Diógenes, que se burlaba también de esto, se puso una vez a comer higos secos delante de él y le dijo:

—Platón, puedes participar de ellos.

Platón tomó algunos higos y empezó a comerlos, pero Diógenes se mofó de él diciéndole:

—Te dije que participaras, Platón, no que te los comieras.

Orgullo contra orgullo

—Así pisoteo yo el orgullo de Platón.

A lo que Platón replicó:

—Sí, pisoteas mi orgullo con el tuyo.

El sabor de las razones

Carta séptima, estaba convencido de que los males del género humano solo se acabarían cuando los filósofos se hicieran cargo del gobierno o cuando los gobernantes se hicieran filósofos. Movidado por estas inquietudes políticas, viajó tres veces a Sicilia, pero las tres salió mal parado. A la vuelta del primero de estos viajes, Platón fue secuestrado y puesto a la venta como esclavo en la isla de Egina (aunque afortunadamente fue comprado y puesto

en libertad por alguien que lo conocía). Durante esta primera estancia en Sicilia, Platón se entrevistó con el tirano Dionisio I de Siracusa (quien, según parece, fue el instigador del secuestro de Platón), pero no hubo mucho entendimiento entre ambos, pues, aunque Platón se mostraba partidario de un gobierno autoritario, criticó a todos aquellos regímenes dictatoriales en los que los gobernantes solo piensan en su propio interés y no se atienen a la virtud. Dionisio, molesto por estas palabras, le dijo:

—Tus razones saben a chochez.

Y Platón replicó:

—Y las tuyas a tiranía.

Al filósofo griego Aristipo se le considera el fundador de la **escuela cirenaica**, cuyo ideal de vida estaba basado en el gozo corporal, limitado siempre al instante presente, pues el cuerpo no puede gozar del pasado ni del futuro.

Si los cínicos son los perros por antonomasia, los cirenaicos en general, y Aristipo en particular, han sido comparados con los gatos. Al igual que a ellos, les gustaba merodear por las mansiones y vivían de las dádivas de sus amos, sin renunciar a su independencia. Y si tenían que soltar un bufido o un arañazo lo soltaban.

Se postraban ante el poderoso sin

perder la dignidad y despreciaban el servilismo. A ellos se les podría aplicar aquel aforismo de Stanislaw Jerzy Lee que dice: «Había un sabio que siempre se inclinaba ante el monarca de manera que al mismo tiempo conseguía enseñarles el culo a los lacayos».

La ignorancia de los ricos

—Porque los filósofos saben lo que les falta, pero los ricos no lo saben.

A cada cual según sus necesidades

—Yo necesito dinero, Platón
necesita libros.

Quien quiera pescar ha de mojarse

—¿Pero cómo puedes aguantar que
te escupan sin inmutarte?

A lo que Aristipo replicó:

—¿Acaso no aguantan los

pescadores que el mar los empape para coger un pescado? Pues con más motivo yo, que voy a coger una ballena, me dejo salpicar un poco de saliva.

Los ojos del tirano

—¿Y qué queréis que haga si Dionisio tiene los oídos en los pies?

Dos burritos en casa

—Por esa cantidad de dinero podría comprarme un buen burro —le dijo.

Y Aristipo replicó:

—Hazlo y tendrás dos buenos burros en casa.

La vergüenza del putañoero

—No es vergonzoso entrar en su casa; lo vergonzoso sería no saber salir.

Los placeres compatibles

—¿Y qué hay de malo? Yo le pago para gozar de ella, no para impedir que otros puedan gozarla.

Hay cosas que es mejor no oír

—¿Por qué huyes? —gritó el otro.

—Porque tú tienes poder para decir maldades, pero yo no lo tengo para oírlas —contestó Aristipo.

Viajaba Aristipo por mar hacia Corinto cuando una borrasca empezó a zarandear

el barco, y el filósofo sintió miedo. Otro de los viajeros, viéndolo turbado, le dijo:

—¡Qué cosas tiene la vida! Yo, que soy hombre de pocas luces, no me asusto, y tú, que eres filósofo, estás temblando de miedo.

Y Aristipo replicó:

—Es que, si morimos, no se pierde lo mismo en tu caso que en el mío.

Lapidario

«Aquí descansa quien os aguarda».

Una exhibición de agujeros

—Antístenes, por los agujeros de tu capa se te ve el afán de fama.

De Antístenes se dice que fue el fundador de la escuela cínica (así llamada porque se reunían en el gimnasio del Cinosargos, que traducido sería: el perro ágil), una corriente filosófica que despreciaba las convenciones sociales y jugaba a ser provocativa. En esta línea, a Antístenes se le ocurrió un día la idea de pedir en

la asamblea que se nombrara por decreto caballos a los asnos. Cuando le preguntaron por qué hacía una propuesta tan absurda, respondió con otra pregunta:

—¿Acaso no nombráis vosotros por votación general a los más cepporros?

Las alabanzas de la mayoría

—¿Y qué mal he hecho yo para que me alaben tantos?

Peor que los cuervos

La bilis de Platón

—Veo en la palangana tu bilis, Platón, pero aún falta tu vanidad.

Cantar con acompañamiento

—¿Por qué no nos cantas algo, Antístenes?

Y él replicó:

—Y tú ¿por qué no me tocas la flauta?

Las memorias en el alma

—Si las hubieras escrito como debías, en el alma, nunca las hubieras perdido.

Pagar cuando llegue el barco

—Te lo pagaré este joven en cuanto llegue su barco de salazones.

Fuera discípulos

—Porque yo utilizo los mismos remedios que los médicos para sanar a los enfermos.

La resistencia del discípulo

—Pega cuanto quieras —le decía

Diógenes—. No conseguirás apartarme de tu lado mientras me quede algo que aprender de ti.

Analgesia y eutanasia

—Ay, ¿quién me libraré de estos males? —bramaba el viejo Antístenes.

A lo que Diógenes, esgrimiendo un puñal, contestó:

—Este te libraré, maestro.

—De los males, estúpido, no de la vida —le espetó Antístenes.

El perro de Diógenes

Lo apodaron «el perro» porque se reunía con los suyos en la plaza del Cinosargos, pero también por su afición a los actos impúdicos y desvergonzados, y él mismo hizo suyo este apodo. La vida del perro se convirtió en un modelo de vida para él.

Pero esta desvergüenza que exhibía Diógenes tenía más que nada un carácter provocativo que pretendía poner en evidencia los valores socialmente dominantes, unos valores que impregnan y orientan nuestras vidas, causando con ello nuestra desdicha, pues reprimen la

naturaleza más íntima del hombre y son manifiestamente irracionales.

Ejemplo de esa intención provocativa es el siguiente caso: se cuenta que cuando en un banquete le tiraron unos huesecillos como si de un perro se tratara, Diógenes se fue hacia ellos, pero no para comérselos, sino para orinar encima levantando una pierna, a la manera de un perro. Y en otra ocasión, a unos muchachos que andaban expectantes a su alrededor y le decían: «¡Eh, perro, no queremos que nos muerdas!», les replicó:

—Tranquilos, un perro no come berzas.

Bípedo implume

—He aquí el hombre de Platón.

La autosuficiencia del hombre libre

—¡Ay, Diógenes! Si aprendieras a ser un poco más sumiso y visitaras la corte de Dionisio, no tendrías que lavar hierbas.

A lo que Diógenes replicó:

—Míralo de esta forma: si tú aprendieras a lavar hierbas no tendrías

que servir a Dionisio.

La ambigüedad de los oráculos

Pero la excusa no debió de surtir mucho efecto en sus conciudadanos, pues Diógenes fue condenado al exilio. Claro que él se despachó con ellos a su manera, diciendo:

—Ellos me condenan al exilio. Pues yo los condeno a quedarse en su patria.

Los hay que no mejoran

—Es que antes yo era como tú eres ahora; la diferencia está en que tú nunca serás como yo soy ahora.

A contracorriente

—Para que entendáis lo que he tratado de hacer toda mi vida.

Los muertos no sufren

—¿Cómo va a ser un mal si cuando uno se muere ni siente ni padece?

Sol y nada más

—Yo soy Alejandro, el gran rey.

—Pues yo soy Diógenes, el gran can.

Como Alejandro le preguntara por qué lo apodaban así, Diógenes respondió:

—Porque halago a los que dan,

ladro a los que no dan, y muerdo a los malos.

Parece ser que Alejandro quedó impresionado por Diógenes y le dijo que podía pedirle lo que quisiera, que se lo concedería.

Y Diógenes le pidió:

—Lo que quiero es que te apartes porque me estás tapando el sol.

¿Quién teme a Alejandro Magno?

—Depende, ¿tú eres un bien o un mal?

—Un bien, naturalmente —
respondió Alejandro.

Y Diógenes se despachó diciendo:

—¿Y por qué iba a temerte entonces?

Un hombre rico invitó a Diógenes a su lujosa mansión, pero una vez allí le prohibió que escupiera en aquel suelo reluciente. Diógenes se aclaró la garganta y escupió en la cara de su anfitrión.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó su anfitrión.

—Porque es el único sitio sucio de la casa —le espetó Diógenes.

La seguridad al lado de la diana

—Aparta de ahí o saldrás herido —
le increpó el arquero.

—Al contrario —replicó Diógenes
—, con lo malo que eres disparando es
el único lugar donde me encuentro
seguro.

El peligro del dardo en el trasero

*Levántate, amigo,
no sea que, dormido,
te claven por detrás un dardo
y acabes con el trasero herido.*

Un hombre que era conocido en Atenas por sus maldades grabó en el dintel de su casa una sentencia que decía: «Nada malo entre por aquí». Diógenes, al enterarse, comentó:

—¿Y dónde dormirá ahora el dueño de la casa?

**La mejor hora para
comer**

—Si eres rico, cuando quieras; si eres pobre cuando puedas.

Tarde de piedras, día del padre

—Muchacho, no tires piedras a los desconocidos, no le vayas a dar a tu padre.

Comer en mitad del ágora

—Porque tenía hambre en mitad del ágora.

Iba Diógenes a meterse en un baño para adecentarse cuando reparó en lo sucia que estaba la tina, y le preguntó al propietario:

—Los que se bañan aquí, ¿dónde se lavan luego?

El ladrón de mantos

—¿Tú vienes a desnudarte o a vestirte?

Colgado del nombre

—Dídimo se merece que lo cuelguen por su nombre.

La caridad de las estatuas

—¿Por qué haces eso? —le preguntó, extrañado, alguien que pasaba por allí.

Y él respondió:

—Para acostumbrarme a los que se quedan como estatuas cuando les pido

limosna.

Cuando le preguntaron qué razón encontraba él para explicar el hecho de que la mayoría de la gente socorra con una limosna a los pobres, pero no a los filósofos necesitados de ella, Diógenes respondió:

—Es que la mayoría de los hombres creen que alguna vez podrían verse en la situación de los pobres, pero no se imaginan en la de los filósofos.

Un aviso tardío

—¿Por qué?, ¿es que vas a golpearme de nuevo?

La venta de Diógenes

—Sé mandar. Mira a ver si alguien quiere comprar un amo.

El color de la virtud

—Enhorabuena, muchacho, ese es el color de la virtud.

Le preguntaron qué mordedura de animal

hacía más daño, y él respondió:

—De los salvajes, la del calumniador; de los domésticos, la del adulator.

La lámpara de Diógenes

Cuando en otra ocasión clamaba: «¡Hombres, hombres!», y se le acercaron unos cuantos, los apartó con su báculo gritando:

—¡He dicho hombres, no desperdicios!

La tinaja de Diógenes

—Porque, andando todos tan ajetreados, no querría ser yo el único que no hiciera nada.



Cuando le preguntaron quién le daría entierro al morir, careciendo como carecía de familiares y siervos, Diógenes contestó:

—Aquel que quiera quedarse con mi morada.

Fidelidad a los perros

—Cuando me muera echadme a los perros. Ya estoy acostumbrado.

Curtirse entre putas

—Lo hago para curtirme en las disputas. Así sé cómo responder luego a los insultos de los filósofos.

Pero no siempre Crates sabía responder con certeza a lo que se le preguntaba, pues cuenta Diógenes Laercio que, habiéndole preguntado Estilpón algo a Crates, a este se le escapó una ventosidad, y Estilpón le dijo:

—Ya sabía yo, Crates, que todo lo hablas, menos lo que conviene oír.

Hasta cuándo filosofar

—Hasta que veamos a los generales como lo que realmente son: conductores de asnos.

Demasiados 'alejandros' en el mundo

—¿Para qué? ¿Para que venga pronto otro Alejandro y la arrase de nuevo?

El derecho a la bofetada

—Puesto que tú reconoces que

tenemos los mismos derechos —le dijo —, admitirás que si tú, Teodoro, haces algo que no puede considerarse delito, tampoco deberá ser considerado delito si eso mismo lo hago yo.

—Conforme —admitió Teodoro.

—Entonces —concluyó Hiparquia —, puesto que Teodoro no comete ningún delito si se da un guantazo a sí mismo, tampoco lo comete Hiparquia si le arrea idéntico guantazo.

Y tras esto, Hiparquia le propinó una bofetada.

La difícil proporción de una limosna

—Solo pido una dracma —imploró
el filósofo cínico.

—Imposible, eso sería indigno de un
rey como yo —le dijo Antígono.

—Dame un talento entonces —rogó
el filósofo.

—¡Ni hablar! Eso sería demasiado
para un cínico como tú.

La escuela de Megara

A otro de los miembros de la escuela, Eubúlides de Mileto, se le atribuyen un buen número de paradojas, entre ellas la famosa del mentiroso, según la cual la verdad o falsedad de una oración como: «Estoy mintiendo», resulta siempre paradójica, pues si la oración es verdadera, al mismo tiempo ha de ser falsa (ya que será verdad que «estoy mintiendo»), y si la oración es falsa, al mismo tiempo tendrá que ser verdadera (ya que, si es falso que estoy

mintiendo, entonces estoy diciendo la verdad). También parece ser el autor de argumentos sofisticos como el del cornudo, que dice así:

Tienes lo que no has perdido, no has perdido los cuernos, luego tienes los cuernos.

Las coces de Aristóteles

Platón debió de sentirse molesto por el distanciamiento de Aristóteles, o, al menos, así lo refiere una leyenda según la cual Platón habría afirmado en alguna

ocasión: Aristóteles nos tira coces, como hacen los potrillos con sus madres, olvidando que los han parido.

Los azotes que no duelen

—No estando yo presente, como si me quieren azotar.

A palabras necias

—¿No te estarás molestando por mis

palabras?

—No, no, ni mucho menos. Hace ya un buen rato que dejé de escucharte.

Le preguntaron una vez a Aristóteles qué explicación encontraba al hecho de que busquemos más frecuentemente el trato con los que son hermosos que con los que son feos. Y Aristóteles respondió:

—Esa pregunta es propia de un ciego.

**En el término medio
está la virtud**

La ganancia del mentirosos

—No. ser creídos cuando digan la verdad.

La dentadura femenina

Pero, aunque Aristóteles fue uno de los pocos filósofos griegos que se interesaba por la observación empírica, lo cierto es que también él privilegiaba

el papel del pensamiento puro. Precisamente por no comprobar algunas de sus especulaciones cometió algunos errores de bulto. Así, por ejemplo, afirmó que, entre las cabras, los cerdos y los humanos, los individuos de sexo femenino tenían menos dientes que los de sexo masculino. A propósito de ello, Bertrand Russell comentaba en tono de broma:

—Se casó dos veces, ¡pero nunca se le ocurrió examinar la dentadura de sus esposas para comprobar su hipótesis!



La búsqueda de la virtud

A propósito de él se cuenta que, cuando Eudamidas, rey de Esparta, visitó la Academia de Atenas y preguntó quién era aquel anciano que tanto disertaba, le respondieron que se trataba de un gran sabio que perseguía la virtud. A lo cual, Eudamidas replicó:

—¿Con lo viejo que es y aún anda buscándola? Cuando la encuentre ya no le va a quedar tiempo para practicarla.

Pirrón de Elis suele ser considerado

como el fundador del escepticismo, la escuela filosófica que desconfía radicalmente de cualquier doctrina sobre el mundo, invitando por tanto a suspender el juicio sobre cualquier asunto, aunque sin renunciar a la búsqueda de la verdad.

La suspensión del juicio que propugnaba Pirrón no era un capricho ni una actitud insensata, sino más bien un camino ineludible para alcanzar la felicidad. Y la felicidad, según él, consiste en la ataraxia, la tranquilidad del espíritu, una idea que Pirrón y su maestro Anaxarco aprendieron de los gimnosofistas, unos sabios hindúes que mostraban una total indiferencia ante el

dolor y que ellos conocieron durante la expedición de Alejandro Magno a la India.

Esta imperturbabilidad del ánimo que ellos predicaban queda reflejada (o tal vez parodiada) en la siguiente anécdota de la que se les supone protagonistas: caminaban los dos en silencio por tierras pantanosas que nadie solía frecuentar, pues existía el peligro de hundirse en una ciénaga. Pero ellos eran dos escépticos que descreían de todas las opiniones y los tópicos: «Vaya usted a saber dónde está de verdad el peligro», puede que se preguntaran los dos amigos durante su paseo. Sin embargo, quiso la mala suerte que

Anaxarco cayera en una de aquellas ciénagas; Pirrón, entonces, haciendo gala de su escepticismo, continuó su camino con absoluta indiferencia. Claro que Anaxarco no se quedó atrás en su ratificación de los principios escépticos y, en cuanto consiguió salir de la ciénaga, se apresuró a elogiar la indiferencia que Pirrón había mostrado al seguir su camino tan despreocupadamente.

Roger-Pol Droit y Jean Philippe de Tonnac, en su libro *Aquellos sabios locos*, imaginaron un final burlón para esta anécdota, en la que Anaxarco acababa sentenciando:

—No estoy seguro de que estas

tierras cenagosas sean un peligro, pero admito que lo parecen.

Azotado por el destino

fundador del estoicismo. La escuela estoica se instaló en un lugar llamado el «Pórtico pintado» y de ahí recibió su nombre, pues «pórtico» en griego es «stoa». Según los estoicos, existe una especie de ley universal o destino que rige todos los acontecimientos. Nada de lo que ocurre escapa a esta ley, que para ellos se confunde con la Razón

universal.

Algo debía de conocer de la doctrina estoica un esclavo de Zenón que fue sorprendido un día mientras robaba, pues al ser azotado por su amo se justificó diciendo:

—Si he robado es porque era mi destino robar.

A lo que Zenón repuso:

—Y también es tu destino ser azotado.

**Escuchar más que
hablar**

—Muchacho, ¿es que no sabes que tenemos dos orejas y solo una boca para oír mucho y hablar poco?

Filosofía para adelgazar

La racionalidad del Mundo

Un carro por la boca

Según él, hasta los perros utilizan la lógica, como se puede comprobar si los observamos cuando van siguiendo el rastro de una fiera y llegan a un cruce donde tienen que elegir entre dos sendas distintas. Si, tras rastrear una de ellas, la descartan, optarán automáticamente por la otra, como si el perro en cuestión utilizara un silogismo disyuntivo del tipo: A o B, no A; luego B.

A Crisipo le gustaba jugar con los argumentos lógicos y hasta con los sofismas. A él se le atribuye la autoría de algunos famosos sofismas, como el del cornudo (también atribuido, como

hemos visto, a Eubúlides de Mileto) o el del carro, que dice así:

*Lo que dices pasa por tu boca,
pero tú dices «carro»;
luego un carro pasa por tu boca.*

La mejor esposa

—Desengáñate, si te casas con una mujer guapa, tendrás que compartirla con otros hombres; y si te casas con una fea tendrás que soportar mirarle a la cara.

Los anzuelos de Bion

—De nada sirven los anzuelos cuando el queso está muy tierno.

Pocos filósofos han sido tan difamados a lo largo de la historia como Epicuro de Samos. Desde luego, Epicuro no fue muy condescendiente con algunos de los principales filósofos griegos (parece ser que a Platón lo llamaba «el áureo» porque había escrito que los filósofos pertenecen a la «raza de oro»; a Protágoras, «el portafardos»; a Demócrito, «lerócrito», esto es,

discutidor de bobadas; y a Aristóteles, «vendedor de drogas»), pero esto no justifica la saña con la que él y su escuela fueron tratados por los filósofos durante muchos siglos. Quizá esta inquina se deba al hecho de que la doctrina epicúrea convertía el placer en el bien supremo que debemos alcanzar los humanos para ser felices, si bien es cierto que el placer que tanto encarecían los epicúreos era un placer moderado, pues estaban convencidos de que los placeres exagerados ocasionaban más perjuicios que satisfacciones.

Epicuro compró en Atenas un jardín para que él y los suyos pudieran reunirse y convivir. Allí acudían gentes de toda

condición: esclavos y hombres libres, varones y mujeres, ricos y pobres... Este jardín dará nombre a la escuela de Epicuro (*la escuela del Jardín*) y será también blanco de todo tipo de rumores sobre las actividades que desarrollaban los que allí se reunían (que si copulaban sin parar, entregándose a las más desenfrenadas orgías, que si bebían y comían como cerdos, etc.).



Epicuro

Sobre todo los estoicos (la escuela

filosófica que se consideró rival de la epicúrea durante mucho tiempo), que tanto predicaban la impasibilidad y la virtud, no cejaron en su empeño de difamarlos. Uno de los ataques más virulentos por parte de los estoicos fue obra de Diotimo, quien escribió cincuenta cartas apócrifas de carácter obsceno y se las adjudicó a Epicuro. Y así, mientras que el nombre de Epicuro y su escuela quedaba ligado al del desenfreno sexual y hasta a ciertas perversiones, lo cierto es que en «El Jardín» no había sitio sino para la amistad, la conversación y los placeres más moderados.

Pero, aunque la maledicencia se

cebara con la escuela epicúrea, ésta no dejaba de ganar adeptos. Cuando le preguntaron a Arcesilao (el fundador de la Academia Media, heredera de la Academia que fundó Platón, a la que dio una orientación moderadamente escéptica) cómo explicaba que muchos discípulos de otras escuelas se pasaran a la de Epicuro, pero no al revés, contestó:

—Porque de los hombres se pueden hacer eunucos, pero de los eunucos no se pueden hacer hombres.

Aunque la mona se vista de seda...

—Claro que sí, pero nunca de una
belleza falsa como la tuya.

Los maestros sin miramientos

Decía Carnéades que los príncipes
no alcanzan verdadera destreza en
ninguna disciplina, salvo en la
equitación, porque mientras que todos

los cortesanos se dejan vencer en cualquier competición con ellos, los potros tiran a tierra con idéntica falta de miramientos a los hijos de los reyes y a los del vulgo.

También los estúpidos están por todas partes

Uno de los argumentos que utilizaban los estoicos para defender la adivinación era el de que todos los pueblos conocidos la practicaban. Si es

utilizada en todas partes, decían, será porque las técnicas adivinatorias son pródigas en aciertos. A lo que ya el ecléctico Cicerón replicaba, en el siglo I a.C, que nada hay tan universal entre los humanos como la estupidez y, sin embargo... ¡no por ello decimos que los estúpidos acierten!

La inconsistente prueba de la verdad

—Yo creo que lo que dice esta mujer debe de ser cierto. ¿Cómo va a mentir alguien que lleva más de diez

años diciendo lo mismo?

Una pregunta difícil de contestar

—Pero tú, ¿quién te crees que eres?
¿Quién era tu padre?

Y Cicerón le respondió:

—Por culpa de tu madre, esa pregunta es difícil de contestar.

La razón del emperador

—Sería peligroso no dar la razón a quien tiene treinta legiones para defenderla.

Una fractura anunciada

—Que la vas a romper, que la vas a romper...

Pero Epafrodito siguió retorciendo la pierna de Epicteto hasta que finalmente se rompió. Ante lo cual, Epicteto comentó sin inmutarse:

—Mira que te he dicho que la romperías.

En el siglo III, Plotino desarrolló un neoplatonismo que intentó conjugar las exigencias racionales de la filosofía con las aspiraciones místicas de la religión.

De hecho, se convirtió en el prototipo de filósofo asceta y místico, tanto que su discípulo y biógrafo Porfirio dice que «parecía avergonzarse de tener cuerpo», si bien el mismo Porfirio refiere que a los ocho años Plotino todavía frecuentaba la casa de su nodriza para mamar de su teta de vez en cuando, lo cual no parece muy ascético que se diga, aunque puede que algo tenga que ver con su precoz búsqueda del éxtasis.

Plotino pensaba que el mundo había

surgido por emanación a partir de Dios, al que se refiere con el nombre de Uno por considerar que es el que mejor se aviene con su naturaleza no múltiple. Según Plotino, el Uno, al pensarse a sí mismo, da origen al Intelecto o Inteligencia Divina, que es su imagen; el Intelecto, a su vez, da origen al Alma del Mundo, que es la imagen del Intelecto y que acaba fragmentándose en multitud de almas individuales. Es así como el mundo va emanando de imagen en imagen en un proceso de degradación en el que cada imagen resulta siempre ser más imperfecta que aquella de la cual es copia.

De ahí que, cuando Amelio, su

íntimo colaborador, le sugirió la conveniencia de dejarse retratar por un pintor, Plotino rechazó la propuesta arguyendo:

—Ya es bastante triste estar condenado a sobrellevar la imagen en la cual la naturaleza me ha encarcelado como para añadirle encima la imagen de esa imagen.

FILOSOFÍA ORIENTAL

¿Para qué tanta mortificación?

De ahí que una de las anécdotas atribuidas a Buda nos lo muestre en el momento en que un monje se presenta ante él presumiendo de haberse sometido durante doce años a una estricta y dolorosa penitencia.

—¿Y para qué te ha servido tanta penitencia? —le preguntó Buda.

—Por ejemplo, para caminar sobre

las aguas.

Pero Buda, lejos de mostrarse impresionado, se burló de él diciéndole:

—¿Y para qué quieres caminar sobre las aguas habiendo barcas para surcarlas?

La mejor pregunta

—¿Sabrías decirme cuál es la mejor pregunta que puede hacerse y cuál es la mejor respuesta que puede darse?

Y Buda le contestó:

—La mejor pregunta que puede hacerse es la que tú acabas de hacer y la

mejor respuesta que puede darse es la que yo te estoy dando.

El regalo rechazado

—Si un hombre le ofrece a otro un regalo, pero este es rechazado, ¿a quién pertenece ese regalo?

El hombre contestó:

—A quien lo ofreció, naturalmente.

Y Buda apostilló:

—Entonces, como yo declino aceptar tus injurias, te corresponde a ti quedarte con ellas.

El vacío lleno de ira

—Si todo está vacío, ¿de dónde viene tanta ira?

Contra la metafísica

Esta desconfianza ante cierto tipo de preguntas trascendentales aparece teñida de humor en la respuesta que el maestro budista le da a su discípulo cuando este le pregunta cuál es el secreto del mundo:

—Si te lo digo, dejará de ser un secreto.

Hierba para el maestro

Un discípulo le preguntó a su maestro dónde podría encontrarlo dentro de cien años y el maestro le respondió:

—Dentro de cien años seré un buey y estaré pastando en la ribera del río.

—¿Y podré seguirte? —preguntó el discípulo.

El maestro le contestó:

—Si lo haces, asegúrate de que no me falte hierba.

El farol del maestro

Un maestro zen caminaba en la oscuridad de la noche acompañado de su discípulo. Como el maestro llevaba un farol encendido, el discípulo le dijo:

—Maestro, yo tenía entendido que podías ver en la oscuridad.

—Y puedo —ratificó el maestro.

—Entonces, ¿para qué necesitas la luz del farol?

—Para que aquellos que no pueden ver en la oscuridad no tropiecen conmigo.

Todo es Dios

Por otra parte, si todo es Dios, dicen algunos, todo es lo mismo, y de ahí se precipitan a concluir que todo da igual. Pero, que todo sea Dios, responden otros, no significa que haya que confundirlo todo y renunciar a discernir unas cosas de otras. «No tomes la soga por una serpiente ni la serpiente por una soga», dice Ramiro Calle, al comentar un antiguo relato de la tradición india que habla de un hombre que malinterpretó el mensaje panteísta de su maestro espiritual. De manera que cuando se topó con un elefante que

corría hacia él, decidió no quitarse de en medio, a pesar de que el muchacho que conducía al elefante le avisó repetidas veces para que lo hiciera porque el animal se había vuelto loco. Aquel hombre pensó que, si tanto el elefante como él mismo eran Dios, nada malo podía ocurrirle, pues Dios no iba a hacerse daño a sí mismo. Pero finalmente el elefante embistió y el hombre acabó con varias costillas rotas. Cuando unos días después se lamentaba ante el gurú, este le explicó lo siguiente:

—Vamos a ver, Dios está en ti y en el elefante. Pero también estaba en el muchacho que te avisó para que te apartaras. ¿Por qué no hiciste caso de

sus palabras, insensato?

Aunque la filosofía china no es monolítica, sino que presenta distintas variantes y escuelas, es posible encontrar unas coordenadas comunes a todas ellas. Así, por ejemplo, la búsqueda de la armonía, el equilibrio y la paz del alma; la creencia en que el hombre es parte de la naturaleza, pero también de la sociedad en que vive; la afirmación de dos grandes principios opuestos que no se excluyen, sino que se complementan, etc.

Uno de los pensadores que más huella han dejado en la cultura china es

Confucio (quien también nació en el siglo VI a.C. Ya se trate de Grecia, China o la India, este siglo parece decisivo para dar origen a la filosofía). Su doctrina propugnaba que las relaciones familiares se constituyeran en modelo de las relaciones sociales y políticas, de manera que el respeto que los hijos deben mostrar hacia sus padres rija igualmente en el ámbito de la sociedad.

Por otra parte, aunque Confucio encarecía la benevolencia y el esfuerzo, afirmaba también que el éxito de nuestras acciones obedece al destino. Lo

único que depende de cada uno es la intención buena o mala con que se hagan las cosas y la voluntad que se ponga en ello. Pero el resultado de nuestras acciones es obra del destino.

A propósito de esto, un ermitaño dijo de él con algo de sorna: «¿No es ese el hombre que va diciendo que nada puede hacerse para salvar el mundo y sin embargo sigue intentándolo?».

Los sabios también sufren

—¿Pero es que también los hombres

superiores tienen que pasar por estas miserias?

—Ciertamente —respondió Confucio—, pero solo los hombres vulgares pierden la compostura cuando tienen que sufrirlas.

La virtud detrás de la lujuria

El sabio y la tortuga

—He oído que el rey de Chu posee el caparazón de una tortuga que murió

hace tres mil años. Dicen que lo guarda envuelto en suntuosos paños y que lo utiliza para las sesiones de adivinación. Pero yo os pregunto: ¿creéis que esa tortuga hubiera querido morir para que su caparazón fuera tan reverenciado, o hubiera preferido seguir viviendo, arrastrando su cola por la ciénaga?

Los emisarios respondieron que sin duda la tortuga hubiera preferido esto último. Y Chuang Tzu apostilló:

—Decidle al rey que yo también prefiero seguir arrastrando mi cola por la ciénaga.

Sombras chinas

«Había una vez un hombre que tenía miedo de su sombra y que renegaba de sus huellas; quiso huir de ellas, pero cuanto más corría, más huellas iba dejando, y por mucho que corriera su sombra no se separaba de él; entonces, creyendo que el problema estaba en que no corría lo bastante deprisa, corrió lo más velozmente que pudo y no paró de correr hasta que murió agotado. Aquel hombre ignoraba que poniéndose a la sombra, la sombra desaparece, y que permaneciendo en quietud no se dejan huellas».

Pero en la cultura china es posible encontrar también elementos de una tradición que, en lugar del miedo a la

sombra, nos muestra el terror ante la sola idea de perderla, pues tanto se nos asemeja nuestra sombra que su desaparición puede interpretarse como un anticipo de la nuestra. Así, durante mucho tiempo, en China, los asistentes a un funeral tenían siempre buen cuidado de no dejar que su sombra quedara atrapada dentro del ataúd del muerto en el momento en que se cerraba la tapa.

Por si acaso, lector, es usted supersticioso, asegúrese, antes de continuar con la lectura, de que su sombra está a buen resguardo. Y, sobre todo, no deje que una parte de ella

quede atrapada entre las páginas de este capítulo cuando cierre el libro.

También los cuervos tienen derecho a comer

—Si me enterráis serviré de alimento a gusanos y hormigas. ¿Pero acaso no tienen también los buitres derecho a comer? Si les dais mi cuerpo a las hormigas se lo hurtáis a los buitres y a los cuervos. ¿Por qué tanta enemistad hacia los pájaros?

Chuang Tzu, el hombre mariposa

—Una noche soñé que era una mariposa que revoloteaba despreocupadamente de aquí para allá. De repente, me desperté asombrado de ser yo mismo y haber vivido durante el sueño como si de verdad fuera una mariposa. Desde entonces ya no sé si soy un hombre que ha soñado ser una mariposa o si soy una mariposa soñando ser un hombre.

A veces creemos que las experiencias

que tenemos durante los sueños no cuentan y que lo mismo da si en ellas disfrutamos o sufrimos, pero no habría que olvidar que el tiempo que pasamos dormidos también estamos vivos, y que, además, las imágenes que desfilan ante nosotros pueden dejar un poso dulce o por el contrario amargo. Por otra parte, la intensidad con que experimentamos algunas de las cosas que nos pasan mientras soñamos es incluso mayor que la que sentimos mientras estamos despiertos (por eso dice Fernando Savater que la principal diferencia entre los sueños y la vigilia consiste en que aquellos nunca son aburridos). De ahí que se comprenda bien la decepción que

sufrió el protagonista de la siguiente historia cuando se despertó:

Un chino muy pobre está soñando con una botella de licor de arroz. Lleno de gozo y expectativas, el hombre enciende un infiernillo y pone el licor encima para tomarlo caliente. Justo entonces se despierta, se da cuenta de que no hay ningún licor que beber, y se lamenta:

—Maldita sea, si lo hubiera tomado frío me habría dado tiempo a beberlo antes de despertarme.

Mercadear con los sueños

Había una vez una sensual y lasciva bailarina que un día se presentó ante un comerciante y le dijo:

—Anoche soñé que me besabas y abrazabas y te derretías de placer. El precio que cobro por dejarme abrazar son dos dinares de oro, así que págame.

Al comerciante ni se le pasó por la cabeza pagar, pero la bailarina se puso muy pesada y acabó llevándolo ante el cadí.

El cadí, tras oír la reclamación de la

bailarina, le dijo al comerciante:

—Algo de razón no le falta a esta mujer. Tráeme los dos dinares de oro que pide y también un espejo.

El comerciante obedeció de mala gana. Cuando el cadí tuvo en sus manos las dos monedas, las colocó ante el espejo y le dijo a la bailarina:

—¿Ves esa imagen de los dos dinares de oro en el espejo? Pues ya estás pagada.

FILOSOFÍA MEDIEVAL

¿Qué hacía Dios antes de crear el Mundo?

De ahí que, según san Agustín, carezca de sentido preguntarse qué hacía Dios antes de crear el mundo, tal y como ocurría en un chiste de la época, por mucho que la respuesta del bromista fuera:

—Antes de la creación del mundo,

Dios estaba preparando el infierno para quienes hacen ese tipo de preguntas.



San Agustín propugnaba en sus obras de madurez la castidad y el recogimiento, pero él mismo llevó durante sus años de juventud una vida bastante disoluta. En sus Confesiones reconoce que de joven recitaba esta plegaria: «Señor, concédeme castidad y continencia, pero todavía no».

El largo minuto de Dios

El círculo de los mentirosos y que dice así:

Un hombre pedía dinero a Dios:

—«¡Tú que eres todopoderoso, te lo ruego, dame cien mil dólares! ¡Eso no es nada para ti! ¡Puedes hacer todo lo que quieres! El espacio no existe y cien años son como un minuto! ¡Mil años son como un minuto! ¡Para ti cien mil dólares son como un penique! ¡Te lo suplico, dame un penique!

Dios contestó:

—Espera un minuto...».

El argumento ontológico

Pero, como han señalado muchos filósofos posteriores, no es posible deducir la existencia de un ser a partir de la idea de ese ser. El argumento fue parodiado de distintas formas. Una de ellas consistió en utilizar una variante de él para demostrar la inexistencia del diablo porque, siendo el diablo el ser más imperfecto que podamos imaginar, y dado que la inexistencia es una imperfección, el diablo deberá tener esa imperfección y por lo tanto no es

posible que el diablo exista.

El dialéctico castrado

Confiando en el poder de la razón tanto como en el de la fe cristiana, al contrario de muchos de sus colegas, que despreciaban todo cuanto sonara a racional, Abelardo cosechó grandes éxitos en sus disputas filosóficas.

Pero su carrera empezó a truncarse cuando Abelardo y la hermosa Eloísa se enamoraron y tuvieron un hijo al que llamaron Astrolabio. Para mitigar el enojo de Fulberto, tío y tutor de Eloísa,

que era un hombre obtuso obsesionado con el honor de la familia, Abelardo y Eloísa se casaron, pero Abelardo pidió que el matrimonio se mantuviera en secreto, pues la noticia podía dañar su fulgurante carrera de maestro. Por lo mismo, Abelardo envió a Eloísa durante una temporada a vivir al convento de Argenteuil, donde ella había sido educada. Pero Fulberto y sus parientes pensaron que con esto Abelardo no quería sino deshacerse de Eloísa, así que, dispuestos a vengar el honor de la familia, entraron una noche en el cuarto de Abelardo y lo castraron mientras dormía, lo cual, como sugiere con humor Piergiorgio Odifreddi, no deja de ser

una ironía, ya que Abelardo fue el introductor del término «cópula» en la lógica.

Todo esto lo contó el propio Abelardo en un libro autobiográfico que no en vano tituló *Historia calamitatum*.

Coronas como raíces

Toda su obra está sembrada de símbolos, alegorías, proverbios y cálculos cabalísticos, pero también de humor, como muestra el siguiente ejemplo:

«Dijo el agua que con ella

coronaban al rey y que por tanto ella reinaba en el cerebro, y el fuego dijo que el rey no era más que un árbol vuelto del revés».



Las apariencias engañan

«Esta historia —comenta burlescamente Alberto Savinio en su Nueva Enciclopedia— no solo muestra lo falaz que es la apariencia, sino también la gran integridad de aquella dama, muy distinta de aquella otra que consiguió casarse y, en la noche de bodas, entre peluca, dentadura postiza, relleno de pecho y pantorrillas de pega, se dejó tres cuartas partes de su persona en el tocador».

El buey silencioso

Su familia lo había preparado para dedicarse a la carrera eclesiástica, pero se sintió decepcionada cuando santo Tomás eligió la orden de los dominicos, una orden mendicante donde se hacía voto de pobreza. Para intentar disuadirle de su idea, sus hermanos llegaron a secuestrarlo y encerrarlo en la torre de un castillo propiedad de la familia. Pero Tomás aprovechó el período de encierro para estudiar más a fondo las Sagradas Escrituras, así como las Sentencias de Pedro Lombardo y las obras de Aristóteles. Para tentar a Tomás, sus

hermanos le enviaron una hermosa prostituta, a la que él hizo huir, amenazándola con un leño encendido de la chimenea. Finalmente, Tomás de Aquino se salió con la suya y pudo dedicar el resto de su vida al estudio y a la adoración de Dios.



Por cierto que, debido a su

impertérrita actitud reflexiva y a su corpulencia, sus compañeros de estudios lo apodaron «el buey mudo». A este respecto, su maestro san Alberto Magno sentenció: «Lo llaman el buey silencioso. Pero yo digo que cuando este buey muja, sus mugidos llenarán el mundo».

Mira a quién le habla Dios

Especialmente ajeno a la razón resulta todo lo referente a los milagros y las apariciones divinas. Aun así, hay

creyentes que están convencidos de que Dios se aparece de vez en cuando ante algunos de nosotros. Una parodia de la gente demasiado crédula aparece en un relato polaco de origen judío, cuyo personaje principal, Srulek, es un tipo tan ocurrente como obtuso (casi un precedente de ese popular personaje televisivo de nuestros días llamado Homer Simpson). La historia cuenta que, un día, Srulek se presentó ante el rabino y le dijo:

—Rabino, rabino, Dios ha hablado.

El rabino, escéptico, preguntó:

—¿Contigo?

—No, con Pinkus. Me lo ha dicho él

mismo.

—¿Y no sabes que Pinkus tiene fama de mentiroso?

Srulek se quedó pensativo durante un instante y por fin preguntó al rabino, no sin cierta perplejidad:

—Es cierto. ¿Y por qué habrá hablado Dios precisamente con un mentiroso?

La navaja de Ockham

El asno de Buridán

«Érase un asno hambriento que tenía a su alcance dos haces de heno iguales y equidistantes. Indeciso, el asno miraba a la izquierda y veía un montón de heno, miraba a la derecha y veía otro montón idéntico, y como los dos le atraían con idéntica fuerza no sabía inclinarse por ninguno de ellos. Finalmente, el asno acabó muriendo de inanición por no decidirse a comer de ninguno de los dos montones».

Esta fábula ha sido interpretada de muy distintas maneras. A veces se emplea para mostrar que no hay libre albedrío, porque siempre elegimos un curso de acción u otro impulsados por la fuerza de los motivos, de manera que los

motivos más fuertes son los que determinan nuestra elección. Pero más bien la fábula parece una parodia de esta teoría, cuyas absurdas consecuencias quedarían ridiculizadas. También se ha dicho que a los humanos nunca nos podría ocurrir algo semejante precisamente porque nosotros, a diferencia de los animales, tenemos libertad de indiferencia, es decir, tenemos la facultad de decidir con independencia absoluta de los motivos. Y tampoco faltan quienes matizan esta tesis, afirmando que la voluntad no es en absoluto indiferente a los motivos, aunque no se deja arrastrar por ellos de manera necesaria.

En fin, todavía hoy se sigue discutiendo en torno a la fábula. Por eso, aunque se nos haya dicho que aquel asno murió de hambre, más bien parece, como dice André Comte-Sponville, que «se mantiene siempre vivo».

Los místicos

Sobre los ángeles

Los debates sobre la naturaleza de los ángeles fueron antológicos. Si famosa fue la polémica sostenida en

torno al sexo de los ángeles (asunto sobre el que todavía se discutía en la Constantinopla de 1453 y que daría origen a la expresión «discusiones bizantinas», porque mientras los teólogos allí reunidos polemizaban sobre el sexo angélico, el ejército turco se disponía a tomar la ciudad), no menos gloriosa resultó la que versaba sobre el número de ángeles que caben en la cabeza de un alfiler.

Respuestas y preguntas

—¡Tengo una respuesta, tengo una respuesta! ¿Quién tiene una pregunta?

FILOSOFÍA MODERNA

¿Con quién pasar la Eternidad?

Gracias a su intensa actividad diplomática, Maquiavelo conoció los secretos de la vida política, en la que, según él, predominan la manipulación y el engaño, y acabó desarrollando una filosofía política de corte realista que ensalza la razón de Estado, pues lo único importante para cualquier estadista es conservar el poder y

mantener el orden. El príncipe deberá ser ante todo un estratega que sepa calcular sus acciones con vistas al único resultado que interesa: el éxito. Los fines, por tanto, justifican los medios.

Con una visión tan descarnada y pesimista de la política y de la condición humana, no es extraño que circule la siguiente leyenda en torno a su muerte: se dice que, ya enfermo y poco antes de morir, Maquiavelo soñó que estaba muerto. En su sueño, tuvo acceso a la visión del paraíso y del infierno. En el paraíso moraban los hambrientos, los mansos y los pobres de espíritu, mientras que el infierno estaba repleto de filósofos, libertinos y hombres de

Estado. Cuando Maquiavelo contó su extraña visión, alguien le preguntó que dónde preferiría pasar él la eternidad. Y Maquiavelo respondió:

—Sin lugar a dudas, prefiero la compañía de papas, príncipes y reyes a la de frailes, mendigos y apóstoles.



Los niños prodigio

—Sí, ya se nota que vuestra eminencia fue un niño prodigio.

Un estómago luterano

«Quien aplaste a Erasmo, ahogará a una chinche que todavía apestará menos muerta que viva».

Erasmo intentó recuperar el primitivo espíritu cristiano que había sido prácticamente sepultado en la

práctica por la Iglesia oficial. Esta actitud suya distante ante muchos de los ritos y dogmas católicos queda manifiesta en ciertos episodios de su vida, como cuando, habiendo sido reprendido por alguien que lo sorprendió comiendo carne un viernes de Cuaresma, Erasmo replicó con humor:

—Es que mi alma es católica, pero mi estómago es luterano.



El antimicenas

Coloquios cuando escribió que los hombres no salían de Montaigu con la frente cubierta de laureles, como solía creerse, sino de pulgas.

Tantas penurias pasó allí Erasmo durante un tiempo que en alguna ocasión llegó a burlarse del mecenazgo del obispo diciendo de él que en realidad era su antimecenas.

El matrimonio perfecto

Ensayos de un escepticismo tolerante y moderado, pensaba que no había en su época mejor institución que la del matrimonio, aunque, eso sí, matizaba que la elección del cónyuge debía hacerse siempre con criterios racionales y no dejándose llevar por las pasiones. A pesar de que tantos se quejen de su vida marital, decía Montaigne, es imposible prescindir de esta institución. Y concluía: «Con los matrimonios ocurre lo que con las jaulas: los pájaros que están fuera se desesperan por entrar y los que están dentro por salir».

De todas formas, Montaigne bromeaba también a costa del matrimonio haciendo suyo el dicho de

que «un matrimonio perfecto sería el de una ciega con un sordo».

El apego al método experimental

Pero su afición al método experimental también le llevó a la muerte, pues quiso comprobar por sí mismo la verdad de una hipótesis recién formulada por él, según la cual la nieve podía servir para conservar la carne. Bacon hizo el experimento con una gallina a la que vaciaron de sus entrañas y rellenaron de nieve. Pero cogió un

fuerte resfriado mientras realizaba el experimento y murió como consecuencia de ello.



Siendo Bacon lord canciller tuvo que atender la petición de un acusado que solicitó piedad apelando a la familiaridad nominal que les unía, pues el acusado se apellidaba Hogg (en español: puerco) y el canciller Bacon (en español: tocino).

—Hogg le debe ser familiar a Bacon
—reclamó el reo.

Y Bacon sentenció:

—No hasta que Hogg haya sido colgado.

De la duda metódica al Vaticano

Como dudar es una forma de pensar, Descartes afirmó aquello de «Pienso, luego existo». Y a partir de esta primera evidencia, creyó que podía demostrar la existencia de Dios, de donde deducía luego la existencia del mundo extramental. Con ello, Dios se convierte para Descartes en el garante de nuestro conocimiento del mundo.

No es extraño que Borges sentenciara a propósito de esto: «Yo creo que el rigor de Descartes es aparente o ficticio. Y eso se nota en el hecho de que parte de un pensamiento riguroso y al final llega a algo tan extraordinario como la fe católica. Parte del rigor y llega... al Vaticano».

Descartes ha sido llamado «el filósofo enmascarado» porque tanto su vida como su obra estuvieron envueltas en disfraces. El mismo escribió: «De igual manera que los comediantes llamados a escena se ponen una máscara, para que nadie vea el pudor reflejado en su rostro, así yo, a punto de entrar en este teatro del mundo del que hasta ahora solo he sido espectador, avanzo enmascarado».



Muchas de las precauciones que

Descartes tomó a la hora de presentar en sociedad sus descubrimientos tenían que ver con el miedo a ser objeto de la persecución eclesiástica. Así, en 1633, cuando supo que Galileo había sido condenado por la Inquisición, decidió paralizar la publicación de su obra. Según cuenta W. Weischedel, llegó a escribirle una carta a un amigo en la que le decía: «El mundo no conocerá mi obra antes de que pasen cien años de mi muerte». A lo que el amigo respondió en broma que, puesto que la humanidad no podía privarse durante tanto tiempo del acceso a los libros de semejante sabio, tal vez habría que ir pensando en matarlo cuanto antes.

Los relojes no tienen crías

—Pues yo nunca he visto a un reloj dar a luz a bebés relojes.

La cena de los idiotas

—No sabía que los filósofos disfrutaran con cosas tan materiales como ésta.

Contrariado por la impertinencia y la intromisión, Descartes le replicó:

—¿Y qué pensabais, que Dios hizo

estas delicias para que las comieran solo los idiotas?

Más volumen que capacidad

Esta inquietud científica aparece reflejada en clave de humor en el juicio que enunció a propósito de cierto hombre que destacaba por su tamaño y gordura tanto como por su escasez de luces:

—Eso demuestra —dijo— que un cuerpo puede tener mucho más volumen que capacidad.

La apuesta de Pascal

Pero dudo mucho de que esta fe calculada fuera recompensada por Dios. Es más, yo apostaría a que la apuesta de Pascal no le haría a Dios ninguna gracia.

El sexo de los fantasmas

El teólogo optimista

Esta teoría de Leibniz recuerda a una

leyenda popular que circula por Europa. En ella se cuenta que un teólogo ensalzaba desde el pulpito las bondades de la obra de Dios y que, al acabar su sermón, un jorobado se acercó a él y le dijo:

—Si Dios lo hace todo tan bien como usted dice, ¿cómo se explica lo mío? —y, al decir esto, el hombre arrimó ostensiblemente su joroba al teólogo.

El teólogo, que debía de conocer la teoría de Leibniz, respondió:

—¿De qué se queja, buen hombre? Si está usted muy bien... para ser un jorobado.

Una patada contra el Idealismo

A este respecto, ya en el siglo XX, el filósofo británico Georges Edward Moore, defensor del realismo y del sentido común, afirmaba con algo de sarcasmo que para demostrar la existencia del mundo exterior bastaba con extender las manos hacia fuera.

Con menos miramientos anduvo, en el siglo XVIII, Samuel Johnson, quien le arreó un día una patada a una piedra mientras voceaba:

—Así demuestro yo la existencia del mundo exterior.

Ideas fecundas

El empirista y las ovejas

Un empirista visitaba una granja en compañía de unos amigos, cuando uno de ellos, al ver un rebaño de ovejas sin lana, comentó:

—Se ve que las ovejas están recién esquiladas.

Y el empirista, fiel a sus principios metodológicos, puntualizó:

—De este lado parece que sí.

Cuenta James Boswell que Samuel Johnson no tenía un buen concepto de los filósofos renovadores como Hume. De ellos decía que eran incapaces de extraer más leche de la vaca de la verdad y que por eso habían decidido ordeñar al toro.

Un documento innecesario

Esto no fue obstáculo, sin embargo, para que unos años más tarde se ganara el favor del papa Benedicto XIV, quien arropaba bajo su mecenazgo a ciertos artistas y escritores. El caso es que, tras conocer personalmente a Montesquieu, el papa decidió ofrecerle una bula por la cual tanto él como su familia quedaban dispensados de obedecer la Cuaresma durante el resto de sus vidas. Pero para ello había que cumplir un pequeño trámite mediante el que se expedía el documento oportuno a cambio de abonar una buena suma de dinero en concepto de derechos. Esto es algo que Montesquieu desconocía y no se percató de ello hasta que, al ir a solicitar el

documento, el funcionario de turno le informó. Montesquieu entonces dio marcha atrás haciendo gala de su ingenio:

—Pensándolo bien —le dijo al funcionario— no necesito el documento. Seguro que la palabra del papa es suficiente para dispensarme ante Dios.

Rousseau

Rousseau pensaba que la historia humana no es un proceso progresivo sino degenerativo («Todo sale bien de las manos del creador, todo degenera en

las de los hombres», escribió en su libro *Emilio*).



Esta era una de las muchas cosas que

separaban a Rousseau de los otros filósofos de la Ilustración (quienes asumían una visión progresista de la historia) y que provocó las burlas de Voltaire cuando, tras leer uno de los libros de Rousseau, escribió: «Le entran a uno ganas de andar a cuatro patas».

Un suicida escrupuloso

Por si fuera poco, sufría depresiones que lo llevaban a pensar a menudo en el suicidio. A este respecto, cuenta Diderot que un día fue a visitarlo a su casa de

Montmorency y Rousseau le confesó, frente al estanque, que había estado tentado de arrojarse a él para acabar con su vida.

—¿Y por qué no lo hiciste? —le preguntó Diderot a bocajarro.

Rousseau, sorprendido por la falta de tacto de su amigo, le respondió:

—Porque metí la mano en el agua y me pareció demasiado fría.

Una encuadernación en piel

Alojado en la Bastilla

—Majestad —dijo—, os agradezco que os ocupéis de mi manutención, pero os suplico que de ahora en adelante no os ocupéis más de mi alojamiento.



Una admiración no correspondida

—Pues creo que el tal Haller echa pestes de vos.

Voltaire no se arredró y, con su fino ingenio de costumbre, apostilló:

—Bueno, no hay que ser dogmáticos: es posible que tanto el señor Haller como yo estemos equivocados.

El inglés y los dientes

—Para hablar inglés hay que poner la lengua entre los dientes, y yo ya he perdido los dientes.

¡Gobierno al agua!

El gobierno contra la razón

Sobre el espíritu donde asumía los presupuestos sensualistas y materialistas de Condillac. En virtud de ellos, Helvétius abogaba por la instauración de una sociedad libre de supersticiones

y respetuosa con los derechos humanos, lo que según él conduciría a la felicidad del género humano.

Cuando Voltaire, que tuvo que pasar muchos años exiliado de su patria francesa (porque, como él mismo había escrito, «es peligroso tener razón cuando el gobierno está equivocado»), leyó el libro de Helvétius, le dijo:

—Su libro está inspirado por la razón más profunda. Por eso, debería usted huir de Francia tan pronto como sea posible.

Voltaire, que no sentía especial simpatía por la democracia, pues consideraba

que las masas eran ante todo crueles y estúpidas, tampoco ahorró venablos contra la monarquía, a la que satirizó en esta versión abreviada de la fábula de Jotám:

«En cierta ocasión, hubo que escoger rey entre los árboles. El olivo no quiso abandonar el cuidado de su aceite, ni la higuera el de sus higos, ni la viña el de sus uvas, ni los otros árboles el de sus respectivos frutos; el cardo, que no servía para nada, se convirtió en rey, porque tenía espinas y podía hacer daño».

Los banqueros suizos

La lengua de la serpiente

Nicholas de Chamfort, moralista francés del siglo XVIII y autor de penetrantes aforismos, coleccionaba anécdotas chispeantes que luego nos ha transmitido, como aquella en la que alguien elogiaba mucho cierta edición de la Biblia ante el abate Terrasson. Y este comentó:

—Sí, el escándalo del texto se conserva en toda su pureza.

El diluvio universal

«Solo la inutilidad del primer diluvio impide a Dios enviar un segundo diluvio».

El paseo del decapitado

—Y llegó hasta el final con la cabeza bajo el brazo —sentenció el arzobispo, enfatizando el hecho de que el santo aguantara todo el trayecto con la misma compostura.

La marquesa, una mujer ilustrada y poco amiga de las supersticiones, sacó su vena mordaz y dijo:

—No, si en estos casos lo más difícil es dar el primer paso.

El sexo de las opiniones políticas

Enemiga acérrima de Napoleón, fue odiada y hostigada por este. Los desencuentros empezaron antes de que él se convirtiera en emperador. Cuando todavía era solo general, Madame de Staël, deslumbrada por el prestigio del

militar, lo invitó a uno de los coloquios que organizaba en su salón. Allí, la baronesa expuso sus opiniones políticas y después preguntó a Napoleón si estaba de acuerdo con ella. Pero este se limitó a decir:

—La verdad es que no he escuchado nada de lo que decíais. Sinceramente, no me parece bien que las mujeres opinen sobre política.

A lo que la baronesa repuso:

—Señor Bonaparte, vivimos en un país donde se nos guillotina por ideas políticas. ¿Y a vos os parece mal que las mujeres queramos saber por qué nos cortan la cabeza?

Más tontos que ciegos

—Porque hay pocos hombres ciegos,
pero muchos hombres tontos.

El riesgo de consultarlo todo con la almohada

«Hay personas que no saben tomar
ninguna decisión sin consultar antes con

la almohada. Eso está bien; pero hay casos en que se corre el riesgo de ser hecho prisionero, con la ropa de cama y todo».

El imperativo categórico y la guerra del 14

También la ética kantiana dejó sentir su influjo en la cultura alemana, hasta el punto de que se estudiaba en las escuelas. Esta ética giraba en torno al imperativo categórico, es decir, al

mandato incondicionado y universal que nos insta a comportarnos de determinada manera. Según Kant, así son los mandatos propios de la moral y nunca pueden venir impuestos desde fuera de la propia razón (por tanto, tampoco pueden venir impuestos por las autoridades), con lo cual se subraya la autonomía del sujeto moral. Podría decirse que el imperativo categórico es algo así como la ley universalizable de nuestra conciencia. Kant da varias formulaciones del imperativo categórico. Una de ellas dice: «Actúa de tal modo que puedas querer que la máxima que guía tu acción pueda convertirse en ley universal». Y otra

formulación dice así: «Trata siempre a los hombres como fines en sí mismos y nunca como medios o instrumentos para conseguir otras cosas».

Como se ve, poco tiene que ver el imperativo categórico con la obediencia obligada a las órdenes de los superiores que domina en las filas de los ejércitos. Por si esto fuera poco, Kant rechaza explícitamente en algunos textos el recurso a la guerra. Sin embargo, el káiser Guillermo II declaró durante la primera guerra mundial que en buena parte debían sus victorias «a los bienes morales y espirituales legados por el gran sabio de Königsberg a nuestro pueblo».



Todo ello dio pie a que el escritor

austriaco Karl Kraus apostillara en uno de sus artículos, con su habitual sarcasmo: «Declaro que no he previsto las órdenes "Firmes", "Marchen", "Duro con ellos" y "Resistid a pie firme" como ejemplos de mi imperativo categórico. Firmado: Kant».

El escrúpulo

El escrúpulo:

Con gusto ayudo a mis amigos, mas que haya gusto no le gusta al gusano de mi conciencia y por eso se me disgusta.

La soltería de Kant

—Cuando pude haber disfrutado del matrimonio no estaba en condiciones de permitírmelo, y cuando pude permitírmelo no estaba ya en condiciones de disfrutarlo.

Las mujeres no van al cielo

La puntualidad de Kant

Una filosofía del yo- yo

Pero el yo previo a toda experiencia del que habla Fichte no es exactamente lo mismo que el yo psicológico de cada uno. Sin embargo, es fácil caer en la tentación de identificarlos. En ese caso, la filosofía de Fichte se presta a ser objeto de bromas como ésta de Matthew

Stewart: «Cuenta la historia que algunos, al escuchar la afirmación de Fichte según la cual el mundo era su propia creación, se preguntaron: "¿Qué piensa su mujer al respecto?"».

Teoría del conocimiento

Religión canina

Radicalmente opuesto al racionalismo, que pretendía reducir la religión a la razón, Schleiermacher

afirmó que la religión se basa en el sentimiento de dependencia que los hombres experimentan ante algo superior a ellos, ante el infinito. De lo cual se burlaba Hegel diciendo:

—Si la religión se basara en el sentimiento de dependencia ante algo superior, los perros serían los seres más religiosos del mundo.

**Cuando todos los
gatos son pardos**

¿Cómo refutar a una ametralladora?

Tal vez también por eso decía José Bergamín: «De una contradicción se sale ganancioso. De una contracción se sale contrahecho».

Burla de la transustanciación

La dificultad para entender el pensamiento de Hegel es proverbial. En

el Prólogo a la Fenomenología del Espíritu escribió, entre otras cosas igual o más difíciles de entender: «Solo lo espiritual es lo real; es la esencia o el ser en sí lo que se mantiene y lo determinado —el ser otro y el ser para sí— y lo que permanece en sí mismo en esta determinabilidad o en su ser fuera de sí o es en y para sí. Pero este ser en y para sí es primeramente para nosotros o en sí, es la sustancia espiritual».

Para mí, sin comentarios; para sí, no sé.

De la supuesta sabiduría de Hegel dijo Schopenhauer que no era más que una payasada filosófica, un galimatías repugnante, un oscuro encadenamiento

de insensateces y disparates que a menudo recuerda a los delirios de los enajenados. En su *Parerga y Paralipomena* escribió:

«Si se quiere embrutecer adrede a un joven y hacerle incapaz de toda idea, no hay medio más eficaz que el asiduo estudio de las obras originales de Hegel; porque esa monstruosa acumulación de palabras que chocan y se contradicen de manera que el espíritu se atormenta inútilmente en pensar algo al leerlas, hasta que cansado decae, aniquilan en él paulatinamente la facultad de pensar tan radicalmente, que desde entonces tienen para él el valor de pensamientos las flores retóricas insulsas y vacías de

sentido [...]. Si alguna vez un preceptor temiera que su pupilo se hiciera demasiado listo para sus planes, podría evitar esa desgracia con el estudio asiduo de la filosofía de Hegel».

Como decía Schelling (él mismo, por cierto, bastante oscuro) a propósito de la oscuridad reinante en la filosofía de su época: «En filosofía, el grado en que uno se apartaba de lo inteligible casi se convirtió en la medida de su maestría». Lo gracioso de estos filósofos, decía Heine, es que encima se quejan de no ser comprendidos. Según se cuenta, las últimas palabras de Hegel fueron:

—Hubo uno que me entendió y ni

siquiera ese me entendió.

Pero hay una parodia de esta leyenda, que parece aludir a Marx (pues Marx asumió la dialéctica hegeliana, pero dándole un rumbo materialista que Hegel nunca habría aprobado), según la cual las palabras de Hegel deberían haber sido estas otras:

—Hubo uno que me entendió y a ese no lo entendí yo.

FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA

La conjura de los necios

Esta idea fue asumida en la filosofía occidental con especial énfasis por Arthur Schopenhauer, quien sostuvo que la realidad, tal y como aparece ante nosotros, no es la auténtica realidad en sí, sino una simple representación que se produce en nuestra mente, un velo que cubre nuestros ojos y nos hace ver espejismos.

Ahora bien, ¿qué hay más allá de este mundo ilusorio de las representaciones? ¿En qué consiste la realidad en sí? Kant, maestro de Schopenhauer, dejó dicho que no podemos saber cómo es el mundo más allá de nuestras representaciones, que ese mundo en sí es incognoscible. Sin embargo, Schopenhauer estaba convencido de que la esencia del mundo, lo que el mundo es más allá de nuestras representaciones, no es otra cosa que ciega voluntad, impulso incesante, fuerza irracional.

De ahí que la principal obra de Schopenhauer se titule *El mundo como voluntad y representación*. En cuanto

representación, el mundo aparece poblado por multitud de seres individuales; en cuanto voluntad (y este es el auténtico mundo, según Schopenhauer), el mundo es solo uno, pues la voluntad es la misma aunque se manifieste con diferentes formas y ropajes ante nosotros.

Schopenhauer publicó *El mundo como voluntad y representación* a los treinta años y estaba convencido de haber escrito uno de los libros fundamentales de la historia de la filosofía. Como la acogida del libro no pudo ser más fría y pasaron muchos años antes de que el libro alcanzara alguna repercusión (mientras que, por el

contrario, su detestado Hegel era encumbrado a la cima de la filosofía), Schopenhauer justificaba su fracaso citando un aforismo de Lichtenberg: «Si chocan un libro y una cabeza, y suena a hueco, ¿es por culpa del libro?».

La luz y los escorpiones



Aquel profesor no debía de estar al

tanto de la profunda aversión que Schopenhauer sentía hacia el gremio de los catedráticos. Tanta que llegó a decir que no temía ser pasto de los gusanos tras su muerte, pero sí que su obra espiritual fuera a ser destrozada por los catedráticos de filosofía.

Contra la monogamia

La cuádruple raíz

—Vaya, La cuádruple raíz —
comentó—. ¿Qué es, un libro para

boticarios?

Schopenhauer y el jardinero

El propósito de esto, cuenta R. Safranski que, al final de un paseo por el invernadero de Dresde en el que Schopenhauer había permanecido absorto durante un buen rato en la contemplación de las plantas, como si éstas, con sus diversas formas y colores quisieran comunicarle su profundo mensaje, se le acercó, extrañado, el jardinero del lugar y le preguntó quién

era. Y Schopenhauer le respondió:

—¿Quién soy yo? Ah, si usted pudiera decírmelo le quedaría muy agradecido.

Amistad perruna

Schopenhauer fue un misántropo incorregible durante toda su vida. Con la edad, se convirtió en un viejo gruñón y cascarrabias que se entendía mejor con su perro, Butz, que con los miembros de su propia especie. Lo trataba con más deferencia que a muchas personas y no era raro encontrarlo hablándole al perro

como si este pudiera entenderle. Claro que a veces también se enfadaba con él. Entonces lo increpaba con uno de los insultos que Schopenhauer imaginaba más humillantes: «¡Humano!».

La carcajada final

El regidicio fallido

El club de los metafísicos que Oliver Wendell Holmes escribió un libro sobre Platón en el que vertía algunas críticas a la filosofía del gran filósofo griego.

Holmes quiso saber la opinión que el escrito le merecía a su admirado maestro Ralph Waldo Emerson, quien pronunció al respecto esta contundente sentencia:

—Cuando se dispara a un rey, hay que matarlo.

El Capital de Marx

Pero con tanto investigar Marx desatendió el cuidado de otros aspectos más cotidianos de su vida. Él y su familia vivieron siempre en unas condiciones bastante humildes (su

principal fuente de ingresos eran los artículos que escribía para algunos periódicos y la ayuda que recibía de su amigo y colaborador F. Engels). De ahí que, algún tiempo después de su muerte, su hija, Jenny Marx, comentara:

—Ojalá mi querido padre hubiera pasado algún tiempo adquiriendo capital en lugar de limitarse a escribir sobre él.

La escritura de Dios

Y en su libro *Más allá del bien y del mal* llegó incluso a burlarse del estilo literario de las Sagradas Escrituras:

«Es una fineza —escribió— que Dios aprendiese griego cuando quiso hacerse escritor, y que no lo aprendiese mejor».

El martillo de Nietzsche

Crepúsculo de los ídolos (subtitulado *Cómo se filosofa con el martillo*), bajo el rótulo de «Mis imposibles», da cuenta Nietzsche de algunos de los filósofos y artistas que no soporta. Utilizando su fina ironía y su maestría en el uso del sarcasmo describe a Séneca como «el

torero de la virtud»; a Rousseau como el peregrino que retorna «a la naturaleza en estado natural impuro»; a Schiller como «el trompetero moral de Säckingen»; a Dante como «la hiena que hace poesía en los sepulcros»; de Kant dice que es «el cant (la gazmoñería) como carácter inteligible»; de Liszt afirma que es maestro en la escuela de «la facilidad para correr (detrás de las mujeres)»; y a George Sand la despacha diciendo que es «la láctea ubertas», «la vaca lechera con un estilo bello».



Una refutación por la cara

Pues bien, dado que la cultura griega exaltó como ninguna otra el ideal de belleza, ser feo entre los griegos debió de ser, según Nietzsche, más que una objeción: casi una refutación.

Sin embargo, nada de esto le impidió a Sócrates tener muchos admiradores entre los jovencitos más apuestos de la ciudad. Nietzsche dirá que Sócrates encontró la manera de compensar su fealdad gracias a la dialéctica (el arte

de la discusión), y así, demostrando su superioridad en el terreno de lo racional, obtenía un poder de seducción que no habría conseguido de otra manera. Según Nietzsche, al reprimir los instintos y otorgar a la razón un valor superior a todas las cosas, comienza la decadencia de la filosofía y de la civilización occidental.

Remitiéndose a Cicerón, cuenta Nietzsche que «un extranjero que entendía de rostros, pasando por Atenas, le dijo a Sócrates a la cara que era un monstrum, que escondía en su interior todos los vicios y apetitos malos. Y Sócrates se limitó a responder:

—¡Usted me conoce, señor mío!

Antidarwin

«Los monos son demasiado buenos para que el hombre pueda descender de ellos».

Desde que Nietzsche vislumbró la idea del eterno retorno («a seis mil pies por encima del mar y mucho más por encima de todas las cosas humanas», según él mismo anotó en su cuaderno), este pensamiento se convirtió en algo fundamental para él. En uno de los aforismos de *La gaya ciencia*, la teoría del eterno retorno aparece gráficamente

expresada de este modo: «Esta vida, tal como ahora la vives y la has vivido, tendrás que vivirla otra vez y otras innumerables veces, y no habrá nunca nada nuevo en ella; al contrario, cada dolor y cada placer, cada pensamiento y cada suspiro, todo lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño de tu vida volverá a ti, y todo en la misma secuencia y sucesión; incluso esa araña y ese rayo de luna entre las ramas, incluso este instante».

Sin embargo, Nietzsche formuló también lo que para él era una seria objeción a la teoría del eterno retorno: la horrible idea de que tendría que soportar eternamente a su hermana y a su

madre.

El pragmatismo

Pero el pragmatismo alcanzó fama gracias a los escritos de William James, debido a lo cual casi todo el mundo asociaba el pragmatismo con el nombre de William James. Sin embargo, Peirce, aunque era buen amigo de James, no compartía del todo la orientación que este había imprimido al pragmatismo, por lo cual decidió darle un nuevo nombre a su pensamiento. En vez de pragmatismo, lo llamó pragmaticismo,

aduciendo que esta vez el término le parecía lo suficientemente feo como para que nadie más quisiera apropiárselo.

¿Cerdos o jabalíes?

Un día fueron en grupo a saludar a Miguel de Unamuno, quien también era diputado, y se presentaron ante él diciéndole:

—Don Miguel, habrá oído hablar usted ya de nosotros: somos los jabalíes.

—Imposible —rezongó Unamuno, a quien aquellos diputados no debieron de

causar una grata impresión—. Los jabalíes van siempre solos o en pareja. Los que sí van en piara son los cerdos.

Una condecoración merecida

—Es para mí un honor recibir esta condecoración que tan merecidamente se me otorga.

Al oír esto, el rey no pudo ocultar su sorpresa, pues estaba acostumbrado a oír palabras de humildad por parte de los condecorados.

—¡Caramba —le dijo el rey—, es

usted el primero que me dice eso! Hasta ahora todos los homenajeados me habían dicho que ellos no se merecían tal honor.

Unamuno apostilló:

—Y probablemente no les faltaba razón.

Un ejercicio de misantropía

«Cuenta Juan de Mairena que uno de sus discípulos le dio a leer un artículo cuyo tema era la inconveniencia e inanidad de los banquetes. El artículo estaba dividido en cuatro panes:

- A) Contra aquellos que aceptan banquetes en su honor;
- B) Contra los que declinan el honor de los banquetes;
- C) Contra los que asisten a los banquetes celebrados en honor de alguien;
- D) Contra los que no asisten a los tales banquetes.

Censuraba agriamente a los primeros por fatuos y engreídos; a los segundos acusaba de hipócritas y falsos modestos; a los terceros, de parásitos del honor ajeno; a los últimos de roezancajos y envidiosos del mérito.

Mairena celebró el ingenio satírico de su discípulo.

—¿De veras le parece a usted bien, maestro?

—De veras. ¿Y cómo va a titular usted ese trabajo?

—Contra los banquetes.

—Yo lo titularía mejor: *Contra el género humano, con motivo de los banquetes*».

**La vida es una
evidencia, la muerte
no**

El pastelero de Dios

Pero Juan de Mairena nos dejó una simpática parodia de los argumentos de tipo pragmático para creer en Dios:

—«Oiga usted, amigo Tortólez, lo que (mi maestro) contaba de un confitero andaluz muy descreído a quien quiso convertir un filósofo pragmatista a la religión de sus mayores.

—De los mayores ¿de quién, amigo Mairena? Porque ese "sus" es algo anfibológico.

—De los mayores del filósofo pragmatista, probablemente. Pero escuche usted lo que decía el filósofo.

"Si usted creyera en Dios, en un Juez Supremo que había de pedirle a usted cuentas de sus actos, haría usted unos confites mucho mejores que esos que usted vende, los daría usted más baratos, y ganaría usted mucho dinero, porque aumentaría usted considerablemente su clientela. Le conviene a usted creer en Dios." "¿Pero Dios existe, señor doctor?", preguntó el confitero. "Eso es cuestión baladí —replicó el filósofo—. Lo importante es que usted crea en Dios." "Pero ¿y si no puedo?", volvió a preguntar el confitero. "Tampoco eso tiene demasiada importancia. Basta con que usted quiera creer. Porque de ese modo, una de tres: o usted acaba por

creer, o por creer que cree, lo que viene a ser aproximadamente lo mismo, o, en último caso, trabaja usted en sus confituras como si creyera. Y siempre vendrá a resultar que usted mejora el género que vende, en beneficio de su clientela y en el suyo propio."

El confitero —contaba mi maestro— no fue del todo insensible a las razones del filósofo. "Vuelva usted por aquí —le dijo— dentro de unos días."

Cuando volvió el filósofo encontró cambiada la muestra del confitero, que rezaba así: "Confitería de Ángel Martínez, proveedor de su Divina Majestad".

—Está bien, pero conviene saber,

amigo Mairena, si la calidad de los confites...

—La calidad de los confites, en efecto, no había mejorado. Pero lo que decía el confitero a su amigo filósofo: "Lo importante es que usted crea que ha mejorado, o quiera usted creerlo, o, en último caso, que usted se coma esos confites y me los pague como si lo creyera"».

El gallo perplejo

Una de las anécdotas más famosas de la época gira en torno a su nombre:

acababan de almorzar el torero Rafael Gómez «El Gallo» y José María de Cossío con Ortega y Gasset. Cuando Ortega se marchó, «El Gallo» le preguntó a Cossío:

—Y este señor que ha comido con nosotros, ¿quién era?

—Tú siempre tan despistado, Rafael. Este señor era don José Ortega y Gasset —le respondió Cossío.

—Eso ya lo sé, pero quiero decir que a qué se dedica.

—Pues es nada menos que el filósofo más importante que hay en España.

—Ya, ¿pero de qué vive?

—De pensar, Rafael, le pagan por

pensar.

Y Rafael «El Gallo», sin poder ocultar su asombro, exclamó:

—¡Hay gente pa tó!

La cabeza de Ortega

Eso, unido al toque culto y sesudo de sus discursos, hizo que, en cierta ocasión en que el filósofo se disponía a tomar la palabra, Indalecio Prieto exclamara:

—Atención, señores, va a hablar la Masa Encefálica.



Ortega publicó en 1925 un ensayo titulado *La deshumanización del arte* en el que trataba de tomarle el pulso al arte contemporáneo y abogaba por una superación definitiva de la estética humanista, romántica y popular que había prevalecido en la historia del arte durante mucho tiempo. Ortega expone aquí la misma idea elitista que expondría en otros libros: la sociedad y la cultura deben organizarse teniendo en cuenta la existencia de dos grandes rangos entre los hombres: el de los hombres egregios y el de los hombres vulgares. Y aunque, según Ortega, la actividad política de su tiempo vivía ajena a este criterio, entregada como

estaba a la tiranía de las masas, el arte, desde principios del siglo XX, empezaba a dar señales de regeneración.

El arte que empieza a abrirse camino en aquella época y que tiene todas las simpatías de Ortega es un arte para la minoría selecta, un arte que no pretende despertar sentimientos ni avivar las pasiones. En este sentido hay que entender la etiqueta de arte deshumanizado.

Pero el título del libro se prestó a no pocos equívocos y a alguna que otra broma, como aquella de la que eran objeto los discípulos de Ortega cuando, con exagerada y burlona compasión, les decían:

—¡Pobrecitos! ¡Tan jóvenes y ya deshumanizados!

Los don juanes

Estudios sobre el amor. En uno de los textos que componen el libro calificó el estado de enamoramiento como «una especie de imbecilidad transitoria». Y, en otro de ellos, apuntó esta sarcástica clasificación de los hombres: «Con pocas excepciones, los hombres pueden dividirse en tres clases: los que creen ser don juanes, los que creen haberlo sido y los que creen haberlo podido ser,

pero no quisieron».

Una historia de la filosofía a la medida de Ortega

Las armas y las letras

—Esto me recuerda que Napoleón, en plena campaña, se desvió de su camino para visitar a Goethe en Weimar. Claro que yo no estoy a la altura de Goethe, pero, coño, tampoco Franco es

Napoleón.

Una penosa decesión

Por aquella época, finales de los años veinte, algunos estudiantes parodiaban esta teoría diciendo:

—Nosotros estamos decididos, lo que no sabemos es para qué.

Olvido, búsqueda y captura del ser

Según Heidegger, solo algunos presocráticos, en el origen de la historia de la metafísica, y Nietzsche, en el final de la misma, habrían conseguido atisbar de verdad el Ser, aunque lo habrían apenas vislumbrado, al haberse dejado deslumbrar unos por el logos (los presocráticos) y el otro por su fe en los valores (Nietzsche).

Pues bien, de ese discurso sobre el Ser se burló Fernando Savater en su Diccionario Filosófico cuando escribió: «En Roma, hace varios meses, un grupo de profesores españoles de filosofía (quizá ellos hubiesen preferido que dijese "filósofos") pronunciaron sendas conferencias. Preguntado que fue un

oyente por el tema de la que había desarrollado uno de nuestros más conspicuos heideggerianos, repuso: "Habló de Luis Roldán, el inasible prófugo". Asombro en el demandante y llegó la aclaración: "Bueno, él prefería llamarle Ser, pero supongo que se refería a Roldán, porque no hizo más que decir que se ocultaba, que desaparecía, que se le tenía culpablemente olvidado, etc."».

**Estrenar filosofía
cada año**

paradoja de los conjuntos). Pero Russell también es uno de los filósofos que más veces ha cambiado su orientación filosófica. Incluso se llegó a decir que «Russell nos tiene acostumbrados a proponer cada año un sistema filosófico distinto». Así, primero defendió una filosofía de tipo idealista, luego un realismo platónico, después un realismo del sentido común. Esta falta de fidelidad a un sistema determinado suele interpretarse como ausencia de seriedad o de rigor, cuando más bien parece que debería interpretarse como lo contrario: como puesta al día de los conocimientos y búsqueda incansable de la verdad.



El propio Russell señala muy

atinadamente al respecto: «No me avergüenzo lo más mínimo de haber variado mis opiniones. ¿Qué físico en activo desde 1900 se jactaría de no haber cambiado de opinión durante el último medio siglo? Los científicos cambian de opinión cuando disponen de nuevos conocimientos, pero muchas personas comparan la filosofía con la teología más que con la ciencia. El teólogo proclama verdades eternas, y los credos siguen inalterados desde el concilio de Nicea. Cuando nadie sabe nada no tiene ningún sentido cambiar de idea».

Russell se transforma en papa

Discutía Russell un día con un filósofo sobre la implicación lógica. En lógica, se considera que una implicación solo es falsa cuando el antecedente de la implicación es verdadero y el consecuente falso. Por tanto, si el antecedente es falso, la implicación resulta automáticamente verdadera. Pero aquel filósofo, que tomaba todo esto por absurdo, quiso mostrar con un ejemplo lo ridícula que podía resultar esa ley:

—Según eso —le dijo a Russell—,

habría que admitir que es verdad que «si $2 + 2 = 5$, entonces usted es el papa?».

Russell contestó afirmativamente, improvisando la siguiente demostración disparatada:

—Supongamos que $2 + 2 = 5$; entonces, si restamos 3 de cada lado de la ecuación, nos da $1 = 2$. Ahora bien, como el papa y yo somos dos personas, y $1 = 2$, entonces el papa y yo somos uno. Luego, yo soy el papa.

Una mala excusa

—Porque no sé nada de estética...

aunque reconozco que ésta no es una excusa muy buena, pues mis amigos me dicen que mi ignorancia nunca me ha impedido escribir sobre otros temas.

La mentira de Moore

Un día se lo preguntó directamente:

—Moore, estoy seguro de que tú nunca has mentado. ¿Es cierto?

Moore respondió:

—No, no es cierto.

Después de aquello, Russell comentaría:

—Es la única vez que le he visto

mentir.

¿Y si al final Dios existe?

A propósito de esto, alguien le preguntó a Russell durante un coloquio qué diría si después de morir se encontrara cara a cara con Dios. Y Russell respondió:

—Simplemente le diría: «¡Señor! ¿Por qué has dado tan pocas señales de tu existencia?».

El infierno de Russell

El pavo inductivista

El problema es que este tipo de razonamiento no es concluyente, pues por muchas veces que hayamos observado un fenómeno nunca podremos estar seguros de que en un futuro el fenómeno seguirá dándose de la misma manera. Así, podemos haber observado muchos cisnes y haber visto que todos ellos eran blancos, pero si de eso deducimos que todos los cisnes son blancos corremos el riesgo de

equivocarnos (de hecho, hay cisnes negros). Es lo que se conoce como el problema de la inducción.

En su libro *Los problemas de la filosofía*, Bertrand Russell lo ilustró de esta forma: imaginemos un pavo al que un granjero da de comer todos los días. El pavo se acaba acostumbrando a esto y cada vez que ve aparecer al granjero espera recibir su ración diaria. Supongamos que el pavo es un buen inductivista y no quiere precipitarse en sus conclusiones. Se dedica por lo tanto a recoger pacientemente datos sobre el asunto que más le interesa: la hora de la comida. Finalmente, en vista de la regularidad con que se suceden los

fenómenos, el pavo acaba deduciendo que siempre que aparece el granjero, él recibe su ración de pienso. Es el día de acción de gracias y el pavo se pavonea con su descubrimiento. No imagina que ese mismo día el granjero que lo ha estado alimentando, en vez de darle la comida, le retorcerá el pescuezo, lo meterá en el horno y se lo comerá.

Pensamientos gélidos

—Solo pensaba en lo fría que estaba el agua.

A raíz de aquel accidente Russell no se cansaría de decir que el tabaco era beneficioso para la salud y que a él le había salvado la vida, pues todos los pasajeros que se habían salvado en aquel avión siniestrado se encontraban en la zona de fumadores del aparato.

¿Todos solipsistas?

En cierta ocasión, una mujer le dijo:

—¿Por qué le sorprende tanto que sea solipsista? ¿Acaso no lo somos todos?

El Antisolipsista

La filosofía y los malentendidos lingüísticos

—Maestro, ¿cuál es la esencia del puente?

El sabio se detiene, lo mira un momento y lo empuja al río.

Con lo cual, no puede afirmarse que le haya dicho nada, pero sí le ha mostrado la esencia del puente o tal vez

lo absurdo que es preguntar por la esencia del puente.

A Wittgenstein seguramente le hubiera gustado esta historia. Según afirmó en sus *Investigaciones Filosóficas*, los problemas filosóficos nacen de una mala comprensión del lenguaje, de una confusión, de un malentendido lingüístico.

Los problemas filosóficos surgen cuando hacemos un uso indebido del lenguaje y lo obligamos a desenvolverse en un medio que no es el suyo, igual que si una mosca se hubiera colado en una botella y se aturdiera entre sus paredes sin saber cómo salir de ella. La función de la filosofía entonces consiste

solamente en «mostrar a la mosca el orificio de salida de la botella». Se trataría por tanto de una función terapéutica: los problemas filosóficos se disuelven mostrándoles el agujero por el que se colaron, que no es otro que el de una confusión lingüística.

Bertrand Russell había sido profesor y amigo de Wittgenstein, además de uno de los iniciadores del análisis lingüístico en filosofía. Pero a Russell le parecía que en los últimos años Wittgenstein había llevado demasiado lejos las pretensiones de la filosofía analítica y desaprobaba la idea de que todos los problemas filosóficos fueran fruto de los enredos lingüísticos. Según

Russell, el análisis de los conceptos podía aclararnos bastantes cosas, pero los problemas filosóficos no desaparecían con él. Russell no estaba de acuerdo con la idea de que los problemas filosóficos se esfuman cuando se entiende correctamente el funcionamiento de las oraciones, y contaba la siguiente anécdota para parodiar la teoría de Wittgenstein: un día, Russell, camino de Winchester, se paró ante una tienda y preguntó al dueño cuál era el camino más corto. Acto seguido, el tendero consultó con un hombre que estaba en la trastienda:

—El señor quiere saber cuál es el camino más corto para llegar a

Winchester.

—¿Winchester dices? —preguntó una voz invisible.

—Sí.

—¿Y pregunta por el camino más corto?

—Sí.

—Pues no tengo ni idea.

El atizador de Wittgenstein

El atizador de Wittgenstein), en cierto momento Wittgenstein lo interrumpió irritado, pero Popper prosiguió su

conferencia hasta que Wittgenstein cogió el atizador de la chimenea y, con cierto aire intimidatorio, retó a Popper:



—A ver, dígame ejemplos de

auténticos problemas filosóficos.

Popper citó el problema de la inducción, el de la probabilidad, el del infinito, el de la ética...

Como Wittgenstein creía que la ética solo podía ser mostrada, pero que resultaba imposible como discurso racional, urgió a Popper, con tono amenazador y blandiendo todavía el atizador en la mano, a responderle:

—¿La ética? Dígame usted un ejemplo de regla moral.

Popper sentenció entonces a su favor la disputa con un golpe de efecto:

—No amenazar al conferenciante con un atizador.

Rezar y fumar

Dos sacerdotes de órdenes distintas, los dos fumadores empedernidos, fueron a hablar con el papa y le consultaron si les podía ser permitido fumar mientras oraban a Dios.

Pasó primero uno de ellos a hablar con el papa y le preguntó si podía fumar mientras rezaba, recibiendo de parte de su santidad una rotunda negativa, además de un severo reproche.

Llegó entonces el turno del segundo sacerdote, el jesuita, y le formuló la misma pregunta al papa, solo que con un ligero cambio.

—¿También se ha enfadado contigo?

—le preguntó el otro sacerdote cuando lo vio salir de la entrevista.

—Al contrario, se ha puesto muy contento.

—¿Pero tú le has preguntado que si podemos fumar mientras rezamos?

—Sí, solo he tenido que cambiar un poco el orden de las palabras: le he preguntado que si podemos rezar mientras fumamos.

Ironía de la doble afirmación

Pienso, luego río, sobre un filósofo que pronunciaba una conferencia a propósito del lenguaje, afirmando que, mientras que existen lenguas donde la doble negación tiene un sentido positivo y otras lenguas en las que tiene un sentido negativo, no hay, sin embargo, ninguna lengua en la que una doble afirmación tenga un sentido negativo. Tesis ésta que quedó desmentida al momento, cuando uno de los oyentes, repuso con ironía: «Sí, sí».

Jerga de rufianes

Jerga de rufianes llamó Walter Benjamin a la manera de explicarse que ha prevalecido entre los filósofos, y no le faltó razón.

Al fin y al cabo, cuanto más difícil de entender parezca el pensamiento propio, más profundo resulta a los ojos del vulgo y más autoridad confiere al pensador. Además, ¿qué iba a ser de esa cohorte de aduladores que viven de la doctrina del maestro si no pudieran especializarse en la disciplina de descifrar sus palabras?

A más de uno le han atribuido una anécdota seguramente inventada, pero que encaja bien con el estilo de muchos filósofos: un filósofo dicta un texto a su

secretaria y, cuando termina, le consulta:

—¿Le parece a usted que queda bastante claro?

Ante la respuesta afirmativa de la secretaria, el profesor repone:

—Entonces oscurezcámoslo más.

La ruina de un matrimonio

Rudolf Carnap, uno de los máximos exponentes de esta corriente filosófica, puso en cierta ocasión, como ejemplo de enunciado metafísico sin sentido, una frase de Martin Heidegger que decía:

«La nada misma anonada». Carnap sentenció:

—Es tan absurdo como decir que la lluvia llueve.

En su libro 5.000 años a. de C. y otras fantasías filosóficas, Raimond Smullyan cuenta la siguiente anécdota sobre el matrimonio de un positivista lógico:

«Una vez fui a cenar a una taberna de pueblo. Sorprendido, observé que las paredes del comedor estaban llenas de estanterías en las que se encontraba una magnífica biblioteca filosófica.

—¡Ah, sí! —explicó más tarde la dueña del local—, mi marido es filósofo y me dejó su biblioteca. Es un

positivista lógico, y fue su positivismo lógico lo que rompió nuestro matrimonio.

—¿Cómo es posible? —pregunté.

—Porque todo lo que yo dijera, cualquier cosa, le parecía que no tenía sentido».

Dios sale de la chistera

«¡Ah, claro, prueba por prestidigitación! ¡La misma que utilizan todos los teólogos!».

En efecto, mediante ejercicios de

prestidigitación con el lenguaje se ha querido demostrar muchas veces la existencia de Dios. Así, los Padres de la Iglesia defendieron durante mucho tiempo la idea de que Dios tenía que existir porque así lo dicen las Sagradas Escrituras. ¿Pero cómo sabemos que las Sagradas Escrituras dicen la verdad? Porque las Sagradas Escrituras son la palabra de Dios, contestaban los padres de la Iglesia.

Como se ve, el argumento incurre en la falacia llamada «petición de principio» (o también «círculo vicioso») y recuerda a un chiste judío que cuenta José Antonio Marina en su libro *Dictamen sobre Dios*:

«Dos piadosos judíos discuten sobre las excelencias de sus respectivos rabinos. Uno dice:

—Dios conversa con nuestro rabino todos los viernes.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta el otro.

—El propio rabino nos lo ha dicho.

—¿Y cómo sabes que no miente?

—¿Cómo iba a mentir un hombre con el que Dios habla todos los viernes?».».

El robo de ideas

—No me importa que un chavalillo me robe las manzanas, pero me molesta que diga que yo se las he dado.

La sosería de los filósofos de Cambrigde

—Haga el favor de despertar a su compañero.

Y el alumno replica:

—Despiértelo usted, que es el que lo ha dormido.

Este chiste parece especialmente

apropiado para ciertos filósofos ingleses, y recuerda a una anécdota de C. D. Broad, profesor de filosofía de la Universidad de Cambridge, que no desentonaba mucho en cuanto a aridez y aburrimiento con otros profesores de filosofía de la misma universidad. Al parecer, Broad preparaba sus clases por escrito y luego las leía en voz alta ante sus alumnos. Tenía la costumbre de leer cada frase dos veces. Para no hacer las clases tan aburridas intercalaba algún que otro chiste, también previamente escrito, solo que, en vez de leerlo dos veces, lo leía tres. Pues bien, según cuenta uno de sus alumnos, Maurice Wiler, ésta era la única manera de

distinguir las frases chistosas de las que no lo eran.

La sociedad abierta y sus enemigos

La sociedad abierta y sus enemigos, en el que ensalzaba la política liberal y democrática, y arremetía contra los regímenes totalitarios (enemigos de las sociedades abiertas). También denostaba a ciertos filósofos como Platón, Hegel y los epígonos de Marx, que, según él, habían sido los instigadores intelectuales del

totalitarismo.

Pero el propio Popper tenía fama de intransigente y de ser poco dado a escuchar las críticas de quienes le atacaban intelectualmente. De ahí que se dijera que el libro de Popper debería haberse titulado mejor: *La sociedad abierta, por uno de sus enemigos*.

El trilema de Münchhausen

A este respecto, cuenta Javier Muguerza, en su libro *Desde la perplejidad*, lo que ocurrió en una

conferencia a cargo de un discípulo de Hans Albert: «El conferenciante iba aludiendo a cada una de las alternativas con sus clásicas denominaciones latinas —regressus infinitus, circulus vitiosus—, pero, como titubeara al no encontrar una adecuada denominación en latín para la tercera de ellas, brindó una oportunidad de oro al gracioso de turno para que, entre el regocijo general, sugiriese macarrónicamente, la de cogitus interruptus».

Fecundidad perpleja

Desde la perplejidad, contó Javier Muguerza que, al enseñárselo a un amigo, este se quedó contemplando a la vez el título y el tamaño del libro (un tocho de casi 700 páginas) y le dijo al autor:

—¿Y todo esto lo has escrito desde la perplejidad? La verdad, a mí me pasa al revés: cuando me quedo perplejo no sé qué decir.

La moral de los puritanos

«Los puritanos se consideran la

gente más "moral" del mundo y además guardianes de la moralidad de sus vecinos [...]. Su modelo suele ser la señora de aquel cuento... ¿te acuerdas? Llamó a la policía para protestar de que había unos chicos desnudos bañándose delante de su casa. La policía alejó a los chicos, pero la señora volvió a llamar diciendo que se estaban bañando (desnudos, siempre desnudos) un poco más arriba y que seguía el escándalo. Vuelta a alejarlos la policía y vuelta a protestar la señora. "Pero señora —dijo el inspector—, si los hemos mandado a más de un kilómetro y medio de distancia..." Y la puritana contestó, «virtuosamente» indignada: "¡Sí, pero

con los gemelos todavía sigo viéndoles!"»).

Cioarn no existe

Ensayo sobre Cioran que durante algún tiempo consideró la posibilidad de escribir su tesis doctoral sobre un filósofo inexistente, al que imaginaba discípulo de Heráclito y viviendo en la Atenas del período helenístico. Finalmente, abandonó la idea y acabó escribiendo su tesis sobre Cioran. Pero, puesto que el filósofo rumano apenas era conocido en España por aquel entonces,

empezó a extenderse en los círculos universitarios el rumor de que este filósofo no existía en realidad, sino que era una invención de Savater.

Savater entonces le escribió una carta a Cioran dándole noticias de ello: «Por aquí dicen que usted no existe». Cioran, que siempre proclamó la inanidad de la existencia y la idea de que lo mejor de todo sería no haber nacido, le respondió con una nota de lacónico humor: «¡Por favor, no les desmienta!».

BIBLIOGRAFÍA

Agustín, San, *Confesiones* (traducción de Pedro Rodríguez de Santidrián), Alianza Editorial, Madrid, 1999.

Axelos, Kostas, *Argumentos para una investigación* (traducción de Carlos Manzano), Fundamentos, Madrid, 1973.

Bierce, Ambrose, *Diccionario del diablo* (traducción de Eduardo Stilman), Valdemar, Madrid, 1996.

Boswell, James, *Encuentro con Rousseau y Voltaire* (edición y

traducción de José Manuel de Prada), Mondadori, Barcelona, 1997.

Bretón, André, *Antología del humor negro* (traducción de Joaquín Jordá), Anagrama, Barcelona, 1991.

Calle, Ramiro, *202 cuentos clásicos de la India* (recopilación y traducción de Ramiro Calle), Edaf, Madrid, 2001.

- *Los mejores cuentos espirituales de Oriente*. RBA Libros. Barcelona, 2003.

Carandell, Luis, *Se abre la sesión (las anécdotas del Parlamento)*, Planeta, Barcelona, 1998.

- *Las anécdotas de la política: de Keops a Clinton*. Planeta, Barcelona, 1999.

Carrière, Jean-Claude, *El círculo de los mentirosos* (traducción de Néstor Tusquets), Lumen, Barcelona, 2000.

Chamfort, Nicholas de, *Máximas, pensamientos, caracteres y anécdotas* (traducción de Antonio Martínez Carrión), Aguilar, Madrid, 1989.

Cheng, Anne, *Historia del pensamiento chino* (traducción de Anne-Hélène Suárez Girard), Bellaterra. Barcelona, 2002.

Chuang Tse, *El libro de Chuang Tse* (versión de Martin Palmer y Elizabet Brenilly. Traducción de Mario Lamberte), Edaf, Madrid, 2001.

Comte-Sponville, André, *Diccionario filosófico* (traducción de

Jordi Terré), Paidós, Barcelona, 2003.

- *Pequeño tratado de las grandes virtudes* (traducción de Berta Corral y Mercedes Corral), Espasa Calpe, Madrid, 1998.

Crescenzo, Luciano de, *Historia de la filosofía griega* (vol. I y II) (traducción de Beatriz Alonso Aranzábal), Seix Barral, Barcelona, 1987.

Droit, Roger-Pol y Tonnac, Jean-Philippe de, *Aquellos sabios locos* (traducción de Zoraida de Torres Burgos), Grup Editorial 62 S.L.V. El Aleph Editores, Barcelona, 2004.

Edmonds, David. J. y Eidinow, John. A., *El atizador de Witt-genstein: una*

jugada incompleta (traducción de María Morras), Península, Barcelona, 2001.

Erasmus de Rotterdam, Desiderio, *Apotegmas de sabiduría antigua* (edición de Miguel Morey), Edhasa, Barcelona, 1998.

Fernández Buey, Francisco, *Poliética*, Losada, Barcelona, 2003.

Fernández-Ranada, Antonio, *Los científicos y Dios*, Nobel, S.A., Oviedo, 2002.

Fisas, Carlos, *Curiosidades y anécdotas de la Historia Universal*, Editorial Planeta, Barcelona, 1993.

García Calvo, Agustín, *Lecturas presocráticas*, Editorial Lucina, Madrid, 1981.

García Gual, Carlos y Laercio, Diógenes, *La secta del perro. Vidas de los filósofos cínicos*, Alianza Editorial, Madrid, 1990.

- *Epicuro*, Alianza Editorial, Madrid, 1996.

González, Ángel, *Palabra sobre palabra*, Seix Barral, Barcelona, 2004.

Güell Barceló, M. y Muñoz Redón, J., *Solo sé que no sé nada*, Ariel, Barcelona, 2006.

Hadot, Pierre, *¿Qué es la filosofía antigua?* (traducción de Eliane Cazenave Tapie Isoard), Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1998.

Hazard, Paul, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII* (traducción de

Julián Marías), Alianza Editorial, Madrid, 1985.

Hegel, G. W. E, *Fenomenología del espíritu* (traducción de Wenceslao Roces), Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1981.

Hondt, Jacques *d'Hegel* (traducción de Carlos Pujol), Tusquets, Barcelona, 2002.

Irigoyen, Ramón, *Las anécdotas de Grecia: macedonia de humor*, Planeta, Barcelona, 2001.

Jaspers, Karl, *Los grandes filósofos. Los hombres decisivos: Sócrates, Buda, Confucio, Jesús* (traducción de Pablo Simón), Tecnos, Madrid, 1996.

Klossowski, Pierre, *Nietzsche y el círculo vicioso* (traducción de Isidro Herrera), Arena Libros, Madrid, 2004.

Laercio, Diógenes, *Vidas de los más ilustres filósofos griegos* (traducción de José Ortiz y Sainz), Folio, Barcelona, 2002.

Leonardo Da Vinci, *Cuadernos de notas* (traducción de José Luis Velaz), Edimat Libros, Madrid, 1999.

Luri Medrano, Gregorio, *Guía para no entender a Sócrates (Reconstrucción de La utopía socrática)*, Trotta, Madrid, 2004.

Machado, Antonio, *Juan de Mairena: sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*

(edición de José María Valverde), Castalia, Madrid, 1991.

MacIntyre, Alasdair, *Historia de la ética* (traducción de Roberto Juan Walton), Paidós, Barcelona, 1991.

Marina, José Antonio, *Dictamen sobre Dios*, Anagrama, Barcelona, 2001.

Melgar, Luis T., *Antología del ingenio*, Libsa, Madrid, 2002.

Menand, Louis, *El club de los metafísicos. Historia de las ideas en América* (traducción de Antonio Bonnano), Destino, Barcelona, 2002.

Montaigne, Michel Eyquem de, *Ensayos* (traducción de Juan G. de Luaces), Orbis, Barcelona, 1984.

Mosterín, Jesús, *Historia de la*

filosofía. La filosofía oriental antigua, Alianza Editorial, Madrid, 1997.

- *Historia de la filosofía, La filosofía griega prearistotélica*, Alianza Editorial, Madrid, 1990.

Muguerza, Javier, *Desde la perplejidad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995.

Nadler, Steven, *Spinoza* (traducción de Carmen García Trevija-no), Acento, Madrid, 2004.

Nietzsche, Friedrich, *El ocaso de los ídolos* (traducción de Andrés Sánchez Pascual), Alianza Editorial, Madrid, 1984.

- *Más allá del bien y del mal* (traducción de Andrés Sánchez Pascual),

Alianza Editorial, Madrid, 1997.

Odifreddi, Piergiorgio, *Las mentiras de Ulises. La lógica y las trampas del pensamiento* (traducción de Juan Carlos Gentile Vítale), Salamandra, Barcelona, 2006.

Ortega y Gasset, *Estudios sobre el amor*, Salvat, Navarra, 1985.

Pascal, Blaise, *Pensamientos* (traducción de Eugenio D'Ors), Or-bis, Barcelona, 1982.

Paulos, John Alien, *Pienso, luego río* (traducción de Marta Sensi-gre), Cátedra, Madrid, 1987.

Plutarco, *Vidas paralelas* (*Demóstenes-Cicerón, Demetrio-Antonio*), Espasa Calpe, Madrid, 1957.

Quincey, Thomas de, *Los últimos días de Emmanuel Kant* (traducción de Rafael Hernández Arias), Valdemar, Madrid, 2000.

Russell, Bertrand, *Los problemas de la filosofía* (traducción de Joaquín Xirau), Labor, Barcelona, 1980.

- *Respuestas a preguntas fundamentales sobre política, sociedad, cultura y ética* (traducción de Jordi Fibla), Península, Barcelona, 1997.

Safranski, Rüdiger, *Schiller o la invención del idealismo alemán* (traducción de Raúl Gabás), Tusquets, Barcelona, 2006.

- *Heidegger. Un maestro de Alemania. Martin Heidegger y su*

tiempo (traducción de Raúl Gabás), Tusquets, Barcelona, 2003.

- *Nietzsche. Biografía de su pensamiento* (traducción de Raúl Gabás), Tusquets, Barcelona, 2001.

- *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía* (traducción de José Planells Puchades), Alianza Editorial, Madrid, 1998.

Sánchez Ferlosio, Rafael, *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, Destino, Barcelona, 1993.

Savater, Fernando, *Ética para Amador*, Ariel, Barcelona, 1993.

- *Diccionario Filosófico*, Editorial Planeta, Barcelona, 1995.

- *Nietzsche*, Barcanova, Barcelona,

1982.

Savinio, Alberto, *Nueva enciclopedia* (traducción de Jesús Pardo), Seix Barral, Barcelona, 1983.

Schopenhauer, Arthur: *Parerga y Paralipomena* (Parte I, vol. 1), (edición de Manuel Crespillo y Marco Parmeggiani sobre la versión de Edmundo González Blanco), Agora, Málaga, 1997.

- *Parábolas, aforismos y comparaciones* (selección de textos, traducción y edición de Andrés Sánchez Pascual), Edhasa, Barcelona, 2002.

Schultz, Uwe, *Kant*, Labor, Valencia, 1971.

Serra, Cristóbal, *Efigies*, Tusquets,

Barcelona, 2002.

Smullyan, Raymond, *¿Cómo se llama este libro?* (traducción de Carmen García Trevijano, Luis M. Valdés y Consuelo Vázquez de Parga), Cátedra, Madrid, 1991.

- *5.000 años a. de C. y otras fantasías filosóficas* (traducción de Amaia Barcena del Riego), Cátedra, Madrid, 1989.

Spinoza, Baruch de, *Correspondencia* (traducción de Atilano Domínguez), Alianza Editorial, Madrid, 1988.

Stewart, Matthew, *La verdad sobre todo. Una historia irreverente de la filosofía con ilustraciones* (traducción

de Pablo Hermi-da Lazcano y Pablo de Lora Deltoro), Taurus, Madrid, 1998.

Stórig, Hans Joachim, *Historia universal de la filosofía* (traducción de Antonio Gómez Ramos), Tecnos, Madrid, 1995.

Trapiello, Andrés, *Las armas y las letras: Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Península, Barcelona, 2002.

Voltaire, *Sarcasmos y agudezas* (selección de textos, traducción y edición de Fernando Savater) Edhasa, Barcelona, 1999.

- *Diccionario filosófico* (edición de Luis Martínez Drake. Traducción de José Arean Fernández y Luis Martínez Drake), Akal, Madrid, 1985.

W.AA., *Los cínicos: el movimiento cínico en la Antigüedad y su legado* (edición de R. Bracht Branham y Marie-Odile Goulet-Cazé. Traducción de Vicente Villacampa), Seix Barral, Barcelona, 2000.

Weischedel, W., *Los filósofos entre bambalinas* (traducción de Agustín Contín), Fondo de Cultura Económica, México D.E, 1985.

Zweig, Stefan, *Erasmus de Rotterdam* (traducción de Ramón María Tenreiro), Juventud, Barcelona, 1986.

AGRADECIMIENTOS

Si escribir un libro no siempre es tarea grata para el autor, menos aún suele serlo para la gente que lo rodea. Por ello, debo agradecer en primer lugar a mi madre y mis hermanas Mila y Ele que soportaran pacientemente la matraca que haya podido darles durante algunos de los días en que yo andaba enzarzado en la elaboración de esta obra. Quiero agradecerles también que leyeran el manuscrito con agrado y me animaran a intentar publicarlo. Con César y Mar

estoy en deuda por haberme dejado la casa donde pude leer y escribir en paz. Además, a César le debo el haber recibido de su parte valiosas sugerencias para mejorar el libro.

El manuscrito fue bien acogido en la editorial Ariel por Mauricio Bach, quien me brindó toda su ayuda para rematar el libro, aportándome algunos textos oportunos para completarlo.

A Julián y Roberto les tengo que agradecer más cosas de las que ellos imaginan. Como también a Rakel, quien con sus bromas infantiles sirvió de inspiración al libro.